

2 CAPITAL

PEDRO MASSARONI





Capital 2

Pedro Massaroni

Pedro Massaroni
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798374204605

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Fuego

Ardía, ardía, ardía .El fuego que emanaba del incendio era gigantesco. Las llamas subían más altas que los árboles. Las copas se veían azotadas por altas temperaturas. Las hojas cambiaban de color. El ambiente fluctuaba de manera drástica.

Algo se quemaba. Nadie sabía qué era. Tal vez una casa. Tal vez una edificación. Tal vez era solo madera, pero si era una casa o edificación se quemaba todo lo que contuviese. El fuego era abrumador, su color cambiaba, se veía en la distancia. Primero rojo penetrante, después amarillo fugaz. Todo alrededor estaba calentándose. Se podía sentir en la atmósfera. La temperatura subía.

No era como cualquier otro día. El sol parecía estar siendo opacado. No había nubes en el cielo. Solo el sol se equiparaba a este gran incendio, y de todas formas ambos parecían ser un mismo fuego. La luna también era parte del día, movía a las mareas aunque estuviesen lejos del fuego, como si quisiera ayudar a extinguir el fuego del incendio. Ola tras ola el mar se quería apoderar de las llamas.

La luz del día penetraba el fuego y a la luna, que no conoce ni el día ni la noche. No había prisma que contuviese los colores que las grandes llamas habían alcanzado. Como si se quemaran químicos, o una aurora boreal despidiera sus matices.

Algunas personas pensaban que era el bosque que se

quemaba por la época del año, o que algún accidente había acontecido. Otros pensaban que un avión se había caído y que la explosión causó un incendio, pero no había indicio para esto. Todo estaba en un estado crítico. Los enamorados no se verían más después de este día. Tal vez se volverían un solo cuerpo fusionado entre tanto calor.

El incendio crecía Las llamaradas altas también ganaban espacio en lo vertical. El calor del fuego prendía cigarros y tabacos de los ciudadanos sin tener que usar encendedor alguno. El humo era absorbido por el cielo. No había ahogados y aparentemente nadie moría. No se escuchaba nada sino el crujir de la madera quemándose.

Solo en la distancia se sentía la brasa caliente. Como en una parrilla los animales cercanos al fuego, incautos, se consumían. Era algo que desafiaba al instinto de preservación animal, pero los animales al ver el fuego, sus ojos, no veían en él a sus antepasados, ni tampoco veían el futuro, simplemente veían su momento presente entre las llamas. Cada animal que veía el fuego se quedaba hipnotizado, como si viese un péndulo o viese profundamente en un espejo. Los animales no comprendían y salían en dirección contraria al fuego, asustados por él y la verdad que contenía. No huían por sus vidas, huían de la confusión que ocasionaba este fuego, primero hipnotizados y después asustados.

Pasaron horas y el fuego se esparció gracias al viento. Nadie sabía qué lo había ocasionado y temían por los

demás como también por sus propias vidas. El fuego es vital para la vida, sin él no hubiese nada en este planeta, pero también puede ser devastador.

Fácilmente pudo haber sido un rayo quien lo ocasionó, pero era poco probable debido a que no había nubes. Esto último era visto como signo de desaprobación para los humanos y no era aceptable. Pudo ser que el infierno comenzó en el mundo para quedarse. Esto era más creíble. Pero con todo y eso esto sin duda era el comienzo de algo nuevo. Tal vez adaptarse al fuego, crear una nueva civilización. El fuego parecía perenne.

Así pasaron días enteros y el fuego cada vez más se acercaba. Llegaba, en un momento dado, a los límites de la ciudad. Fue entonces cuando se detuvo y no creció más. No avanzó pero tampoco retrocedió. Como por un hechizo no se podía ver a través de este fuego, era una pared. Solo quien lo veía se veía a sí mismo, se percibía a sí mismo. El propio ser en el contexto en el que vive era conocido mediante el fuego. Nunca se supo si se quemaron árboles o si los animales estaban en verdadero peligro. La vida salvaje fuera de la ciudad permanecía en misterio. El fuego no sacaba de dudas. Nunca se pudo medir el paso del fuego, como si nunca hubiese habido otro momento que no fuera el fuego, todo giraba en torno a él.

El fuego nos acorraló en la ciudad. Los muros altos servían de escudo, pero el llamado era ir a ver qué pasaba. Nadie quiere saber en verdad qué pasa. Los que se han visto en el resplandor de este fuego y han contemplado

su verdadero ser se han quedado en un estado de suble-
vación y epifanía tal que no regresan a ser los mismos.
El fuego te cambiaba. Nadie sabe a dónde van después
de verse en este trance, pero no regresan.

El humo sigue subiendo gracias a un viento que no
se detiene. Creo que para el momento actual nadie
ha muerto, tal vez quienes se ven en el fuego saben
a dónde ir para estar salvos. Me acercaré cuando sea
correcto ir. Por ahora tengo que escribir este relato.
Dejar evidencia de este suceso sin igual.

Para cuando termino de escribir, y el fuego todavía
arda, me acercaré a él. Me veo tal y como soy y me
adentro a él. Sin quemarme, comprendo que todos
somos fuego eterno que quema en el infinito.

Somos en definitiva el corazón del sol, del nuestro y
el de todos los que están. Este es un nuevo sol que se
creó dentro de los hogares de los humanos.

Yo soy el fuego. Aquí también están los animales. Aquí
estamos todos. En esta gran luminaria que pronto se
unirá con el resto. Somos este elemento que arde.

Tierra

Cambié para algo peor de lo que fui. Ha pasado un rato desde que me di cuenta de esto. Ya es poco lo que recuerdo de mi vida pasada. Pues olvidarlo fue parte de lo que decidí para mí. Cuando me inicié en estos andares, esa era una posibilidad, la de comenzar de cero.

En mi vida pasada, lo que recuerdo es que tenía familia. Mi esposa y yo con nuestros hijos. Sus rostros se desvanecieron, al igual que cualquier rastro de tacto. Es la soledad que me abarca lo que me hace pensar que estoy únicamente acompañado por mi muerte. No recuerdo más nada, ni nombres, ni mi ciudad, ni si tenía dinero, todo se ha olvidado, ha cambiado. Yo no soy el mismo.

Esta vida es nueva para mí, o al menos lo fue, ahora simplemente estoy cansado de todo. Empiezo a ver hacia atrás y me cuestiono. Este presente que vivo es incierto. Estoy cansado de estos árboles que tengo en mis manos. Siempre tengo árboles en mis manos para sembrar. Todo el día lo que hago es sembrar árboles. Los siembro en la tierra. Cada vez que siembro uno, o los dos que tengo en mis manos, me aparecen en las manos otro árbol.

Salen como de mi piel. Al parecer yo los fabrico. Es una cualidad extraña, pero amigable con mi entorno. Se conjuga tanto la vida como la muerte, pues estoy seguro de que quedan poco árboles en mí.

He plantado cientos, miles, sin parar, día tras día. Noches en las que no duermo pues me pican las manos. Las raíces de estos árboles son como mis venas. Dejarlos crecer en mí sería igual que ceder mis arterias a las raíces. Pero es por eso que siento que la muerte me acompaña, pues en la tierra donde descansa el muerto, pero también donde crece el árbol. El árbol crece de día y descansa de noche como los humanos. El árbol cuando muere se vuelve parte del suelo como los humanos. Es el ciclo de la vida, una y otra vez. Como las vueltas del planeta en su eje o la estática vista de la luna que nos asegura de ello.

Solo un árbol ha dado el suficiente tamaño como para darme sombra. Pareciera que solo en mí crecen. El sol en esta parte del mundo es radiante. En las mañanas el fresco predomina, pero pronto se convierte en verdadero calor que sofoca y deshidrata.

Los árboles en mis manos son pequeños, pero algunos se mantienen igual de pequeños en la tierra. Aprendí a cavar un hueco con los árboles en mis manos. Hueco que uso para introducirlos en la naturaleza. Como también aprendí la mejor forma de cerrar el hueco cuando el árbol vuelve a aparecer. Mis manos parecieran ser inútiles cuando surgen los árboles. Arrancarlos de mis manos es como arrancar pelos de mi piel. Es doloroso. No que estos dejaran de aparecer, pero que el espacio que dispongo para sembrar sería proporcional al número de árboles que sembrar. Simplemente continuaron apareciendo. Ahora pienso que estoy en un

punto de inflexión, pues, yo también he crecido y pronto llegaré a una edad adulta.

Durante la noche los árboles crecen en mis manos, lo cual me despierta y me hace continuar con mi tarea. No me puedo apartar mucho del que me da sombra, pero cuando lo hago paso trabajo en regresar. Estoy convencido de que los árboles durarán más en este plano que yo, seguro vivirán más tiempo. Seguro verán nacer y morir a muchos otros, tal vez a algunos como yo, como estoy seguro de que en mi otra vida había árboles de gran edad.

Pienso que como no tengo nombre, pues no hablo con nadie, y como un árbol he crecido solo de la naturaleza, me debería llamar a mi mismo como La Muerte o algo que infunda autonomía. Los árboles se asemejan a los humanos en cuanto a lo temporal y a lo vegetativo de cada uno, y no es sino cuestión de tiempo a que esto que vivo sea parte de la realidad de la raza humana, pues el humano merece ayudar al creador, el humano necesita de los árboles.

Humanos que nazcan produciendo árboles es solo la eficacia de la naturaleza para prevalecer. Los árboles se asemejan a los humanos aún más porque ambos tienen los pies en la tierra, crecen hacia las nubes y se reproducen. A veces siento que es mi momento de partir de este mundo hacia mi siguiente vida, la cual espero, tenga un poco más de sentido. No recuerdo todos los detalles de mi vida pasada, pero la que llevo ahora no tiene mucho de lejana.

Lo sé por el sol y su edad, lo sé por la distancia en las

estrellas, distancia entre ellas mismas, y distancia que tienen con el planeta. El cielo nocturno es un mapa en el espacio.

Me siento debajo del único árbol que ha crecido y medito con pequeñas matas en mis manos. La sociedad no ha inventado nada nuevo ni los reyes piden trajes nuevos, o nuevas joyas, ya no hay guerras, el entretenimiento es el mismo.

Esto lo sé porque nadie me ha encontrado. Esto lo sé porque no tengo a donde ir. Esto lo sé por la era en que vivimos.

Los instrumentos musicales, todos, ya están inventados; al igual que las ciencias no han determinado el por qué de mi condición, pero claro, si ni me conocen. Todo esto se me fue dicho también cuando escogí esta vida. Esta vida que me ofrecieron y que yo acepté. Pero no ha sido suficiente para mí. Seguiré cultivando hasta no poder más. Mientras haya solo calor me despertaré y sembraré. La comida no es problema, pues mi parte vegetal utiliza la energía del sol y por ende produzco mi propio alimento. De igual manera, me gustaría un árbol que diese frutos, pero entiendo que mi estadía en esta vida es corta aunque duradera en su accionar. Tal vez, alguno que me diera de beber, algún tipo de brebaje natural.

Han pasado años y no cambia de estación. Yo esperando que comience el invierno y lo que recibo es más sol. Así me he desperdigado de mi vida anterior al punto en el que no consigo similitud con ella. La monotonía se ha apoderado de mi conciencia.

Todavía sentado en el árbol, siento que paso de vida, pero es solo una ilusión. Se me acerca un duende. Él me dice que me compra el árbol en el que estoy sentado. Es un duende testarudo pues no entiende que es el único árbol que ha crecido. Le dije, en fin, que se lo vendo con la única condición de que me deje descansar bajo su sombra. El duende me dijo que más bien tenía que partir de ese sitio, que tiene una pócima y que me lo cambiaría por ella. La supuesta pócima haría que no salgan más árboles en mis manos.

Le pregunto por la razón por la cual, un duende, debe tener un árbol y me responde que es para hacer una cruz. Yo accedo, me bebo la pócima y no crecieron más árboles en mis manos.

Parto a la ciudad donde me reencuentro con mi familia. Estoy con ellos años y de repente vuelvo a ver al duende. Él me busca. Me dijo que tenía algo para mí. De esta manera el duende me crucifica. Lo único que veo en mi mente es el árbol. Lo veo y empiezo a meditar en él, a sentirlo, a tocarlo, su madera, sus raíces y sus hojas.

Meditando busco un indicio, algo que me conduzca al siguiente paso, pero no hay rastro de una vida futura. Es el final para mí. Pienso que la serpiente que me vendió esta vida me estafó y no me contó sobre el duende. La iniciación que hice fue pura mentira. La imagen de la serpiente se evapora. Empiezo a sangrar y es cuando percibo una imagen mental del árbol con frutos.

En ese momento, el duende se va y me deja solo. Justamente cuando la gota de sangre va a tocar el piso

veo en mi mente un fruto del árbol caer, y con esto,
el comienzo de otra estación. Otra estación que me
llevará a mi siguiente vida.

Aire

Para cuando me desperté no estaba en mi cama. Estaba en una nube suspendido por los aires. El sueño que me atrapó me dejó en las alturas. Me despertó el sol y su calor, como un fuerte fuego.

En el sueño yo estaba desnudo, caminaba por un bosque en el cual no había sino pájaros. Los pájaros estaban en las ramas de los árboles. Caminaba por el bosque. Andaba sin destino aparente. La espesura del bosque era tanta que la humedad se sentía en el aire. En cada paso que daba veía más y más pájaros. Todos eran pájaros blancos. Me dispuse a seguirlos. Ellos me llevaron hasta la mitad del bosque, o eso creí. Su cantar me llevaba y yo respondía con silbidos. Nos comunicábamos entre nosotros. Yo estaba solo. Los pájaros eran mi compañía. Estoy en una cueva donde retumbaba el sonido de los pájaros.

Me dio miedo entrar y dejarlos solos, pero hasta ahí me habían conducido. Dentro de la cueva oscura conseguí los huesos de una persona. Pensé, en el sueño, que eran los huesos del primer humano que jamás existió. El primer humano de la historia y la cueva fue su tumba. El detalle de los huesos en el sueño era increíble. Se veía cómo estos estaban deteriorados por el paso del tiempo y se percibían como antiguos. Los pájaros empezaron a cantar de nuevo.

Algo se tenía que hacer con los huesos. Empecé a unirlos y colocarlos en posición correspondiente con

el cuerpo humano. Cuando puse el último todos los pájaros en el cielo hicieron una formación en cruz mientras volaban. Sus alas se desplegaban en totalidad y todo el aire era impulsado hacia abajo. Grandes alas blancas. Viendo hacia arriba escucho que me hablan. La pila de huesos, colocados como cuerpo humano, empezó a hablar. El humano de los huesos me habló en lengua, pero le entendí cada palabra. Me dijo que no confiara en animales sino en mi mujer. El sueño había acabado. Estaba en las nubes. Suspendido.

Desperté y estaba en la misma condición, solo que en el sueño. Lo cual era raro pues me había ido a dormir con mi mujer. Eso fue en mi habitación y yo estaba en otro sitio. En ningún sitio. Recordé que de niño me decía que cuando tuviese dudas entre el bien y el mal me guiara por las nubes. Así fue cómo empecé a ver a las nubes cada vez que tenía problemas. Ellas me daban la respuesta necesaria. Las decisiones que tomaba eran las acertadas. Nunca me fue mal gracias a las nubes, pero en ese momento, desde que desperté, me conseguía en una.

Esta se desplazaba en el gran horizonte, surcando el gran cielo azul, la altura era tremenda. Mi cama se había quedado conmigo y era donde me mantenía, estaba encima de ella. Mi sueño me había dejado el sin sabor de una noche despierto entre trabajos. Trabajo que consistía en construir relojes, los armaba con mucha paciencia, a mano, y los finalizaba con mi marca personal: un cuarzo con el número doce. La noche anterior mi esposa se fue a dormir primero

que yo como de costumbre. Yo me integré a la cama cuando terminé el reloj que estaba haciendo. Ella estaba durmiendo, para cuando entré en el cuarto, con todas las almohadas tanto en su cabeza como en su pecho. Estaba fría al tacto, por lo que pensé que a lo mejor tenía frío así que le puse una manta encima. Eso fue lo último que hice antes de soñar.

Buscando la manera de volver a llegar al piso, intento bajarme de la cama, pero la nube no era lo suficientemente estable como para sostenerme de pie. Me daba vueltas la cabeza. Estaba desorientado. No sabía ni siquiera qué hora era. El sol estaba quieto en una misma posición, en un mismo lugar. De ahí aprendí que las nubes persiguen el sol y cuando no lo consiguen se ponen tristes y lloran.

Esta nube iba rápidamente hacia donde estaba el sol, o eso parecía. Intenté con ayuda del viento usar las almohadas como remos para poder orientar la nube de vuelta hacia mi casa. La intentaba direccionar con todas mis fuerzas. Movía las almohadas de plumas de lado a lado frenando a la nube, pero no lo conseguí. Ella intentó alcanzar al sol, pero era imposible. Por más que se acercaba el sol seguía su camino en el horizonte. Así di la vuelta al mundo. Siempre yendo hacia donde el sol se ocultaba. De este a oeste. Cuando volví a llegar a donde mi casa estaba no supe cómo bajarme, así que di vuelta al mundo por segunda vez. Vi los paisajes más insólitos que jamás haya podido ver. Lugares recónditos de este vasto mundo. Glaciares que se confundían con las nubes en cuanto al color

que tenían. Montañas tan altas que alcanzaban rosar a las nubes. Desiertos tan áridos que casi desaparecen mi nube. Bosques tan frondosos que mi nube bajaba a visitar. Cuevas misteriosas que me recordaban lo que mi sueño me había mostrado. Ciudades iluminadas que cubrían kilómetros y kilómetros. Volcanes que daban otro color a las nubes, unos matices más oscuros que el blanco.

Yo extrañaba a mi mujer. El sentido de las palabras del sueño estaba rondando en mi cabeza. Tal vez le había fallado a mi esposa. Tal vez había hecho caso omiso a algún consejo que me dio. Fue entonces cuando sentí que la nube se puso densa. Estaba triste. No había podido alcanzar al sol en su travesía. Iba a llover. Estaba todavía cerca de mi ciudad. Bajaría con el agua para mi casa pisando las gotas que caían. Esperé y cada vez se puso más negra la nube. Soltó un rayo que me asustó pues se puso muy raro el ambiente. Me quedé paralizado.

Entendí en ese momento que me faltaba un hijo, alguien a quien poder amar de verdad, estaba cansado de pensar en mi esposa, pero a su vez también me di cuenta de que es posible que ella también quisiera un hijo. Sucedió otro rayo. Ya no sabía qué hacer. Mi cama empezó a desmantelarse. Las almohadas se cayeron. Por la altura las perdí de vista y ni sé en dónde cayeron. Tan paralizado estuve que me desmayé, en la cama, y entre en un sueño muy pesado. Volví al bosque. Estaban los mismos pájaros. Llegaba a la cueva, pero esta vez había una familia. La familia

constaba de hijo, mamá y papá. Ellos tres se refugiaban por una tormenta se acercaba. En la entrada de la cueva vi lo que era un reloj solar. Cuando quise ver la hora me desperté.

Seguía en la nube. Me había perdido la lluvia. Ya no había rayos. Tal vez era otra nube.

De repente un pájaro blanco se acercó. Se acercó lo suficiente como para que yo me montara en su espalda. Bajé hasta la ciudad y busqué a mi mujer en mi casa. Cuando por fin la conseguí había vendido todos los relojes y estaba dispuesta a recorrer el mundo en mi búsqueda. Estaba embarazada.

Agua

La cascada tenía más de cien metros de altura. Yo había seguido su caudal desde que comenzó hasta que me la topé, al comienzo era un pequeño río. Fui a su encuentro para bañarme. Me sumergí en lo más profundo que conseguí. Todos mis miedos fueron despojados. Aunque mis lágrimas no tocaron el río, nuestra unión fue inmediata. En el río había peces que pasaban cerca de mí haciendo que sus aletas rozaran con mis piernas. Los veía fuera del agua. Metí mi cabeza para verlos mejor. Mis lágrimas tocaron el agua y pude ver a los peces nítidamente.

Sentía cómo algunos de los peces me veían directamente a los ojos. Otros paseaban incautos a mí alrededor. Los peces eran de tamaños variables y de distintos colores. Era momento de respirar. Saco mi cabeza del agua y veo hacia arriba. El sol brillaba en el cielo. En esta parte del río también abundan las piedras, la mayoría en las orillas. Lo cristalino se veía reflejado en la naturaleza. Tan viva, con árboles fuertes, animales y un aura de santidad.

La corriente del río era amena, no me empujaba ni yo tenía que hacer algún tipo de resistencia. Parecía por su forma circular que estuviese en un estanque, pero el caudal me recuerda que todo fluye y que quizás más abajo conseguiría el verdadero propósito a mi visita.

Salí del agua y seguí el río a pie. Ya me había secado por el sol cuando conseguí la cascada. El agua cae

a gran velocidad, es tanta la altura que las gotas se disuelven con el aire. Abajo se ve que hay sitio para estar. Pienso en bajar y disfrutar, con cuidado bajo los cien metros. Ayudado por los árboles se podía ver un sendero por el cual llegar.

Una vez abajo pude apreciar en verdad que tan fuerte caía el agua en las rocas. Me dispongo a volver a bañarme. Me vuelvo a mojar. Entro en el agua, me siento distinto, es otro pedazo del mismo río. Aquí, suelto como pez en el agua, disfruto de la cascada. Para mí este sitio era conocido de alguna manera. Tal vez era por el agua cristalina. Tal vez era por el trayecto y que estaba cada vez más cansado, pero con el agua fría ni cuenta me daba. Sentía la circulación de mi cuerpo fluir, mi corazón latir rápidamente y el agua caer sobre mi espalda relajando cada músculo.

No hubo tiempo para llorar, estaba calmado. Sentía la perfección del agua, este líquido que de forma alguna abarca todo tipo de volumen. Llegando al punto de mayor alcance, el sitio donde el golpe es mayor, veo unos sapitos, un cangrejo, varias aves que vuelan en las alturas, algunos peces, y pienso ver una sirena sentada debajo de la caída del agua. En lo que parecía ser una cueva detrás de la cascada, un espacio por la parte trasera de la misma. Con cuidado me aproximo sin temor. No hay nada. Tal vez era una simple silueta que me confundía. El agua puede adquirir muchas formas. Parecía ser ninfa, y tal vez, lo era, pero se había escondido de mí.

Pareciera que hubiese otro espacio detrás del flujo de agua, pero no es así es solo la montaña. El agua gol-

pea duro. Casi me caigo. No sería raro que hubiese una cueva, como tampoco es raro que en varios sitios donde se piensa que no hay agua la haya, como en las ciudades, donde todo parece ser edificaciones hay lugares que tienen pozos subterráneos.

Diariamente las personas están encima del agua subterránea. Es como lo contrario a los diluvios. Los diluvios son grandes cantidades de agua que logran, a veces, abarcar toda la superficie. Sucede esto con algunos otros fenómenos.

Empecé a creer que la cascada tenía algo de mágico. No sabía si era mi perdición o si era algo bueno. Pensé después que es probable que toda esta agua nunca llegue al mar, pero sentía que estaba en un error. Después de estar tanto tiempo bajo el agua la sensación de estar absuelto me invadió. No tenía ningún pesar, como un pez que nada contra la corriente, pero que después se deja llevar de vuelta al inicio. Solo por diversión. Veía la vida de otra manera. El día transcurría.

Seguía, en la cascada, acompañado por la fauna del lugar. Estaba desprotegido ante tanta belleza. El agua seguía cayendo sin fin. Golpeaba en mi espalda y después en mi pecho. Agua como motitas de polvo caía en las cercanías, por lo que todo estaba lleno de vegetación. Esta agua está bendita, pensé mientras veía como mis manos se iban arrugando cada vez más. El sol calienta esta y todas las agua del mundo. Las convierte en una sola. Es mi momento de salir de ella, ya me he refrescado lo suficiente como para continuar. Con cuidado por lo resbaloso que puede ser el trayecto.

Saliendo me tropiezo con la rama de un árbol caído que a poca distancia del suelo era imperceptible para cualquier visitante. Con la herida abierta, veo el agua mancharse de sangre. Las rodillas rotas superficialmente hacían que el agua se contaminara. Era casi imposible ver la rama del árbol caído, pero la saqué de medio. Algunos peces nadan en el fragmento del agua que quedó rojiza. Empiezo a sentir que tengo hambre, o es un simple mareo pienso. Con tantos peces cerca me da la impresión de que sería mejor pescar alguno. Con mi cuchillo de explorador afilo un palo y me dispongo a pescar, el resto es tan simple. Mi sangre no tarda en desvanecerse entre la gran cantidad de agua que fluía.

Al lanzar el palo los peces se escabullían, y se fueron, para otro lado del río. Empecé a lanzar la vara de madera más lejos, más me mareaba y mis rodillas más sangraban. Me pegué en la cabeza. En ese momento de mí salía sangre. Dejé de pescar. No tenía la suficiente fuerza como para emprender mi viaje de subida. Salí del agua por unos momentos y, me puse tela en las rodillas y me sujeté la cabeza por un buen rato. El mareo respiración a respiración se fue pasando. Me acosté en el suelo firme y me quede dormido. El río fue creciendo. Me arrastro consigo hasta el mar que muy lejos no estaba. Así fue que desperté entre medio de olas. Sin poder regresar a tierra firme, por más que nadara. La sed era horrible. Sentía que algo malo me iba a pasar, empecé a ver sangre en el agua. Desde las profundidades del mar, ese sitio que tiene

en sí los orígenes de la existencia, los orígenes de la evolución; un tiburón me atacó y me comió entero.

Ávila

La montaña tenía el paso cerrado. En la entrada todo era explicado. Nadie podía ingresar. No se podía si subir ni bajar. Solo quedaba regresarse. Peter había ido hasta el lugar más alto que se podía con el carro. De ahí, una vez parqueado, entraba en la montaña. La montaña que no era de nadie hasta que pasó a ser parte importante para la ciudad. Una vez adentro, por los senderos de ella, había una división primaria que después daba en muchas otras divisiones. El primer camino te lleva hacia los picos más altos, otros, que te llevan por quebradas. Peter lo sabía por un viejo mapa.

Peter cuando llega se baja del carro y empieza a ejercitarse como de costumbre. Los militares no le dejaron ingresar más allá que unos pocos pasos. De vuelta en el carro y con ganas todavía, Peter deambula por la ciudad. Andaba meditabundo, deseoso de conseguir qué hacer con su tiempo. Cerca hay una plaza. Peter la examina y decide bajarse. Una plaza de esas que están en el medio de las ciudades. Buscando la compañía de otro Peter estaciona el carro. Vestido de ropa deportiva entra en la plaza. Se sienta en un banquito sin tropezarse con nadie, solo en su totalidad. Calmado ve a los niños jugar en el parque de la plaza. Gente y más gente en la calle va en dirección contraria a la montaña. Veía a unos ancianos caminar agarrados de la mano. Las nubes pasajeras no se que-

daban mucho tiempo. El sol inclemente presagiaba varias horas más de luz. La luna asomada que penetra la soledad de Peter hacia notable su aburrimiento. El carro se enfriaba a medida de que la brisa acariciaba los rostros de las personas. Esa brisa que borra nombres y que a Peter le causaba el más profundo tedio. La naturaleza estaba bien. El banquito en el que estaba sentado tenía un aspecto viejo y usado. En ese sitio vio que una mujer se sentaba en el banquito de al lado suyo. Los niños jugaban y los padres estaban atentos de ellos. Las personas caminaban. Se veía cierta actividad.

Había una monotonía en la tarde. Peter decide sentarse en el banquito donde está la mujer. Ella come una galleta. Hablaron por unos minutos. Cosas sin importancia, cosas que Peter ya sabía, pero que necesitaba decir en voz alta. Cosas como el clima, que la montaña estaba cerrada al público, que el año apenas comenzaba.

Peter buscaba en las respuestas de la mujer algún nuevo indicio de una futura conversación, pero ella estaba muy concentrada en su galleta recubierta de chocolate. Cuando la señora terminó de comer y a Peter no se le ocurría qué más decir, ella se levantó y se fue. Peter volvió a estar solo. Pensaba usar las máquinas de ejercicio de la plaza, pero el tedio pudo más, después, se imaginó estando sexualmente con la señora solo para tener algo en qué pensar, sabía que esto era solo una ilusión. La vio dar casi todos los mordiscos y cuando lo hizo no lo hacía por lujuria.

La tarde estaba sentenciada a ser un fracaso desde el comienzo. Peter regresó a su primer banquito y estuvo ahí unos minutos. Se subió al carro y lo encendió. Agarro vía hacia su casa, optó por continuar con el día. Yendo por el camino largo, mientras manejaba veía a los otros carros, veía a los peatones. El camino estaba parcialmente desocupado y no requería de su total atención. Le parecía que algo le faltaba, veía a parejas, a familias, en verdad poca gente sola. Lo que buscaba era una verdad distinta a la que vivía, una verdad más allá del sol y de la luna, de la montaña y de la brisa.

Así siguió por calles que lo acercaban a su destino. Una señora escuchó en la distancia el paso lento del carro de Peter, por lo que se volteo a mirar. Peter pensó en hablarle a aquella señora, así que se detuvo cerca y bajó el vidrio. Le preguntó por la bomba de gasolina más cercana sabiendo la respuesta. Ella respondió con amabilidad. Le preguntó Peter, ya que iba a la bomba, si a ella le servía usar la cola, que él le daría un aventón. La mujer se veía cansada. Ella se montó en el carro con gesto complaciente.

Mientras manejaba Peter la veía y ella veía hacia adelante. Una vez en el sitio ella se bajó del carro. Peter le había dado la cola a extraños otras veces. Una vez antes de ir a una posada les dio la cola a unas personas desconocidas, resultó que ellos le pagaron la carrera. Él no esperaba nada a cambio, pero antes de que la señora se bajara le pidió su número de teléfono. Ella se lo dio con gusto. Peter llegó a su casa sin apuro

y salió sin darse mucho postín a montar bicicleta. Por fin hacia ejercicio. Drenó lo que pudo el tedio y regresó.

Una vez terminado el día, le escribe a la señora que llevó en su carro. Ella le respondió unos minutos más tarde. Acordaron que el día siguiente él la llevaría a su trabajo. De esta manera se conocerían más. El día comenzó temprano para Peter, pues, la señora tenía que trabajar a tempranas horas. Él la fue a buscar, ella se montó en el carro. La gasolina ardía y el carro ganaba temperatura, las ruedas giraban, y, el aire acondicionado surtía aire fresco. La dejó en su trabajo como acordaron sin recibir nada a cambio, más que un gesto amable por parte de ella. La señora al bajarse le dice que si la puede ir a buscar cuando termine. Él acepta y regresa a casa.

Pasa toda la mañana pensando en la señora. Miles de ilusiones y fantasías. Desayuna un pan tostado, se toma un jugo, fuma unos cigarrillos, después almuerza. Se acerca la hora de buscar a la señora. Antes de salir ordena la casa para su próxima visita. Busca a la señora en el trabajo. Ella se monta en el carro. Van a casa de él, pues en verdad viven cerca. Se baja Peter y abre la puerta del garaje. Después se monta en el carro donde ella lo espera. Entran tanto la señora y Peter. La casa estaba recién acomodada, Peter besa a la señora en el garaje. Luego de besarse por unos minutos, y con una cámara escondida entre los estantes, él saca de su bolsillo un condón. Ella sin decir nada lo vuelve a besar. Peter le baja los pantalones abriendo

el cierre lentamente. Nadie podía ver con el carro estacionado y el techo del garaje. Después se baja el sus pantalones y se pone el condón. Frente a la cámara que él había puesto tienen sexo.

Después se toman un café en la entrada, pues nunca entrarían en verdad a su casa. Ella se va. Peter no le escribió nunca más, pero ella no paró de enviarle mensajes. Lo quería volver a ver. Peter volvió a ir a la montaña sin errar en su camino. Pensaba en aquella señora de la galleta y recordaba de los militares que no le dejaron subir aquella vez. Pensaba que ya tenía una nueva forma de conocer personas, pero no estaba seguro si en verdad funcionaría, pero así fue.

Teléfono

Michael entraba en la página que en el enlace en su teléfono mostraba. Era el mensaje de un número desconocido. La página cargó al momento y descubrió que era un sitio de citas. Se acostumbró a las funciones de la aplicación y sin invertir mucho tiempo se volvió experto en el manejo de ella.

Michael recibía varias solicitudes de diferentes mujeres, a las que respondía sin importar que fueran compatibles con él o no, sin importar que fueran lindas o no según su gusto. Simplemente le gustaba hablar, respondía todos los mensajes. Claro, que él también mandaba, a veces, varios a la misma vez. En fin, se divertía. Probaba su suerte y comenzó a ir a citas.

Sin parar agenda varias citas para un mismo día. Todo resulta bien y al pasar unos meses consiguió una novia y dejó la aplicación. Su teléfono ahora solo recibía mensajes de su novia, de sus familiares y del trabajo. Fue después de unos meses de relación que la cosa dejó de funcionar entre ellos. Cuando él la invitó a mudarse con él y ella no aceptó supo que tenía que terminar la relación. Él pensó que era falta de compromiso y ella pensó que se había vuelto loco, muy apresurado le parecía irse a vivir con Michael. Ella tenía que atender en su casa varios asuntos y cuidar de su abuela. Fue entonces cuando él decidió romper la relación.

Volvió en su teléfono a descargar la aplicación. Decidió volver a probar su suerte, pero hablaba con las

mujeres y sentía despecho en su cabeza. Experimentó el deseo de que quererlo todo menos una relación seria. En las citas que consiguió, Michael, era muy adelantado a los hechos y era clara su intención, por lo cual, lo rechazaban. Se había vuelto insensible y eso a las mujeres les causaba mucha curiosidad, pero cuando le preguntaban por sus relaciones anteriores Michael no daba ninguna información, se guardaba para sí sus penas. A esto se le sumó la bebida y fue en aquel momento cuando empezó a mandar mensajes inapropiados, seguido de fotos inapropiadas, a las mujeres a través de la aplicación. La mayoría simplemente lo ignoraban, pero algunas les respondían como parte de un juego digital en el que nadie se ve afectado emocionalmente.

A él no le importaba que las fotos se filtraran. Michael empezó a ir a burdeles y a gastar dinero. El trabajo disminuyó en calidad y cantidad. Volvió a dejar de usar la aplicación por que le fastidiaba. Ya no mandaba las fotos si no se las pedían. Optó por el método antiguo para conocer mujeres. Las fotos vacías no le causaban ya ninguna intriga, ni mandarlas ni recibirlas.

En los burdeles Michael siempre pedía una botella y se la tomaba hablando con las chicas, viéndolas bailar y disfrutando tanto de la música como del ambiente. Nadie se metía con él. Era en verdad muy respetuoso con todos, pero igual mostraba sus intenciones como humo bajo luz.

Al momento de la acción Michael decía que quería a más de una a la vez. Incluso de tanto que fue al bur-

del conoció al dueño del local, el cual le dijo que iba a inaugurar otro nuevo. El negocio iba bien. Michael iba a este burdel porque más nadie que conocía iba. No quería hacer amigos nuevos. Simplemente quería estar acompañado con las chicas. Olvidarse de su ex de la cual no habla mucho, como un fantasma. Michael estaba invitado a la inauguración del nuevo burdel. El día del evento recibe en su teléfono otro enlace para el mismo sitio de citas, a lo que la descargó de nuevo antes de salir. Buscaría el perfil de su ex solo para verle la cara, para ver su perfil, pero no la consiguió, en verdad ni la buscó sino que cambió su configuración y decide ir globalmente.

Buscaba simplemente hablar con personas en el mundo, ya el resto lo conseguía en sus medios y el amor estaba fuera de la mesa. Eventualmente Michael mejoró en el trabajo, la calidad y la cantidad fueron buenas de nuevo.

Mujeres de otros países empezaron a escribirle. Algunas del mismo país, pero a estas les daba menor prioridad. Incluso de diferentes estados. Michael tenía que decidir si ir a la inauguración o no, se estaba haciendo tarde. Una chama de una ciudad vecina le escribe, primero obvia el mensaje. Luego responde. Empezó a hablar con ella. Se perdería definitivamente la inauguración, pero todavía había tiempo de ir al viejo local. Esta chica de verdad era hermosa y según él valía la pena complacerle todos sus gustos y peticiones. Valía la pena saber de ella. Hablaron por unos minutos seguidos hasta que él le dijo que se tenía que ir.

Ella pensó que se refería a ir a visitarla, que él iría a la ciudad vecina, pues él nunca le dijo a dónde iría. Así fue cómo la opción de encontrarse en algún momento estuvo presente. Ella quería visitarlo a él. Ciudad donde ella vivía no pasaba nada. Estaba aburrida. Michael la aceptaría en su apartamento. Según ella un autobús salía al día siguiente. Él le pagó el pasaje. No salió al burdel tampoco. Se quedó en su casa descansando. Soñando con la desconocida que viviría con él por unos días.

Escuchó al día siguiente que la inauguración fue un éxito que todo el mundo fue, pensó que menos mal que él no, pero sentía pena con el dueño. Ella tenía por delante varios kilómetros que atravesar, pero lo haría solo para estar con él. Su destino era buscarla en la terminal y así lo hizo. Cruzó toda la ciudad y fue a su cita. Ella se montó y sin pensarlo saludó a Michael con un beso en la boca. Una vez en el apartamento ella desempacó algunas de sus cosas, nunca acordaron cuánto tiempo estarían juntos, pero él sabía que si se cansaba de ella le pagaría el boleto de regreso a su ciudad.

Michael seguía con ganas de ir al nuevo local, pero tenerla en la casa era mejor. Se preguntaba si ella estaría dispuesta a ir con él al local en una especie de cita. Le comentó y ella aceptó. Sería lo mejor que podían hacer ese fin de semana. Fueron al sitio y simplemente se tomaron unos tragos. Regresaron al apartamento. Esa noche tuvieron relaciones y todo el pasado de Michael quedó olvidado.

Michael dejó de usar la aplicación de nuevo. Ella estuvo toda una semana en su apartamento hasta que tuvo que regresar, hablaron de todo, Michael se abrió con ella y ella lo entendió todo, ella también tenía pasado con algunos chamos, pero nada serio; la aplicación la usaba recientemente y Michael era el primero a quien conocía a través de ese medio. Estuvieron todo el tiempo juntos, fueron al mercado, fueron a hacer diligencias, mientras Michael trabajaba lo esperaba en la casa, él le daba dinero para que saliese a comer helado o para ver películas y después hablaban de eso, y claro, del trabajo de Michael.

Él pidió unos días libres para no tener que separarse de ella. Después de toda una semana le pagó el pasaje y la dejó en la estación. Fue entonces cuando vio a su ex. Ella estaba con otro hombre dispuesta a salir en un viaje, juntos. Iban a recorrer el país. Él dejó a la chama con un gran beso en la boca esperando que lo vieran pero ellos estaban a dentro comprando los boletos con sus maletas y todo el equipaje.

Regresó al apartamento y volvió a descargar la aplicación. Esta vez sería él quien fuera a casa de otra persona. No en la misma ciudad sino en otro país. Después de meses de intentarlo consiguió lugar a donde ir. Michael en ese tiempo no vio más a la hermosa señorita de la otra ciudad, diciéndole que él necesitaba más, y ella diciendo que quería vivir con él. Ya no iba al local, ni al nuevo ni al viejo. Pidió otros días en su trabajo agarró sus maletas y se fue del país.

Galería

Estaba PM en la galería cuando la conoció, viendo las nuevas obras que habían llegado. Él siempre pasaba a ver la galería después de la librería. Nadie conocido, ninguno de sus amigos era artista plástico.

Había entre las obras unas fotografías blanco y negro, unos primeros planos de gente en condiciones de pobreza, unas fotos de un viaje con una fundación a un país subdesarrollado, otros dibujos al mejor estilo cubista que desafiaban la vista, algunas estructuras hechas a base de objetos reutilizados, otra fotografía de unos pies suspendidos en un puente y un gran televisor con un video repetitivo de un hombre escupiendo lo que parecía ser sangre.

Había en la galería una banda en vivo que tocaba jazz. El espacio estaría abierto al público hasta tarde en la noche. Con una copa de vino en la mano PM veía todas las obras de arte. Veía los autores y las fechas de las obras. Algunas eran de años anteriores, otras, eran del mismo año. Le faltaba por ver una obra así que recorrió la galería de nuevo. La música de jazz lo hacía todo muy suave, al igual que el vino, sin apuro se aproximó al cuadro. Al verlo bien entendió que era un hombre saliendo de su casa para dejar a su familia, le pareció cómico, pero no estaba seguro de su intuición.

Era la forma de representar el abandono futuro lo que le llamaba la atención. Iba a ver quién era el autor cuando una chica se le acerca. Él no había visto

nada semejante en su vida. La crudeza de la obra era muy original. La joven que le hablaba mientras él bebía de su copa era la autora del cuadro. Cuando PM lo supo le dio de todos los halagos posibles. Era la obra que más le gustaba de todas, le parecía que en verdad transmitía algo, en el sentido de que no había que pensarlo mucho, pero de todas maneras nada lo relacionaba con el cuadro.

Él había tenido una familia unida. En cambio la autora era huérfana. Aunque las circunstancias del por qué era ella huérfana no estaban claras para él, sabía que el cuadro representaba algo más que una pintura. Resultó ser que la chica quedó huérfana por un accidente de tránsito que habían tenido sus padres. Hablaron largo rato en la galería. La banda de jazz siguió tocando y el vino seguía servido en sus copas. Volvieron a ver las demás obras y cada quien dio su impresión de ellas.

Las fotografías blanco y negro a él le aburría, pero ella encontraba en lo monocromático un placer. Los primeros planos de la pobreza a él le llamaba la atención, el trabajo de campo decía, pero las fotos no las tendría en su casa ni en ningún lado, ella opinaba igual. Las fotos de la fundación le parecieron a él un poco personales, ella no era parte de la fundación, pero conocía a algunos de los personajes. Los dibujos a los dos les parecieron pasados de moda. La onda de reciclaje era casi inexistente en ambos, pero ella conseguía fascinación como artista. Él no entendía a los pies en el puente y ella tampoco, pero le daba

risa a ella. El hombre que escupía sangre era lo que más le gustaba a ella de toda la exposición, pero a él parecía que la calidad del video era mala, lo cual no importaba según ella.

Algunos de los autores estaban en la sala, por lo que dieron sus opiniones en privado entre ellos. Dejaron sus copas en la mesa y se despidieron sin intercambiar información.

Después de unos días, PM decide ir de nuevo a la galería. Pasa primero por la librería. Esta vez fue un poco más temprano. Estaban los mismos cuadros, las mismas obras, las mismas estructuras y las mismas fotografías. Había menos gente. Fue directamente a donde estaba el cuadro de la autora que conoció la otra noche. La forma en la que el padre se iba de la casa. Le parecía tan real, tan increíble. Tan personal. El padre se iba de la casa por la puerta principal como en una demencia y sin parecer que volvería dejaba a todos. Los demás en la sala viendo el televisor, o en la mesa de comer, era una familia grande. Él con una maleta en la mano, pareciera que fuera a trabajar, pero en la oscuridad de la noche en la que se sitúa el cuadro es la expresión en su rostro la que da a conocer que se va por bien. Sin mirar atrás hay un taxi que lo espera. Todo queda claro cuando lees el título. *El Ohido* nada podía estar más claro.

Cuando decide que es momento de irse, PM, se encuentra con la autora otra vez. Esta ocasión es de día y no hay copas. Ella va regularmente, le explica, a la galería a encontrarse con la dueña quien es amiga de

ella. Es casi hora del almuerzo por lo que él decide invitarla a comer algo. Van juntos cerca de la galería a una feria de comida.

Él pide una hamburguesa y ella una ensalada. Comen mientras habla cada quien de su profesión, hasta que tocan el cuadro que ella hizo. Dice ella que su inspiración fue un cuento que leyó donde el hombre de la casa se va, pero que el cuadro tiene más que ver con el hecho de no tener padre. El tema del padre ausente se siente en su hablar piensa él con pesar. Él no ha creado una familia, pero está seguro de que no abandonaría nunca a la suya. Le recuerda a algo, pero no sabe a qué.

En la librería no compró nada, solo quería ver de nuevo el cuadro. Tal vez leyó el cuento del cual ella se refiere. Siente que si su padre hubiese estado ausente no podría haberse convertido en el hombre que es. Ella lo superó bien y tuvo gente que le respaldó en momentos difíciles.

Después de la comida ella le ofrece ir a su estudio donde está pintando algo nuevo. Él acepta y van al sitio. Es un cuadro bastante grande donde se ve al mismo personaje entrando en otra casa. Con la misma maleta y con el taxi con el que se fue. Todo parecía indicar que la persona estaba llegando a una casa nueva. Con otros personajes y con otra realidad. La autora no había terminado el cuadro, algo faltaba.

Le faltaba el rostro del señor.

Ella le dijo que no sabía qué rostro ponerle. Se preguntaba si era un rostro feliz, o si era uno triste. Él le

comentó que debería ser uno de alivio pues se salió con la suya y abandonó a los otros. Este nuevo cuadro se llamaría *El Encuentro*. Dejaron el asunto descansar, pero ambos discrepaban en si el hombre dejaría este hogar también. La confianza era lo que parecía estar en juego con este señor. La autora le invitó unos tragos a PM en el estudio. Sacó una botella y descorchó el champaña. Brindaron por el personaje sin rostro. Decía ella que lo dejaría así, sin rostro.

A él le pareció esto genial, pues es una pérdida de la identidad dejar a la familia y si se tiene más de una es complicado igual por un tema de tener que escoger una.

Bebieron de su champán y dejaron de observar el cuadro. Las espumas eran refrescantes. Empezaron a hablar de la infancia de ella y cómo ella tenía una hija pero que se había divorciado de su marido. Tal vez este es el motivo oculto del cuadro, pensó PM. Él le comentó que llevaba bastante tiempo soltero, pero que no se sentía mal ni nada por eso, sino que más bien lo aceptaba. Se dieron un beso y después pasaron al cuarto del estudio. Tuvieron sexo, a PM la cara del sin rostro lo perseguía.

Se vieron otras veces. Ella le presentó su hija a PM. Después de eso la relación se hizo cada vez más fuerte. El arte de ella se mantenía siendo de buena calidad. Hizo varios cuadros con la misma temática del abandono. Todos referentes a padres que se van. Con el mismo taxi y con la misma maleta. Se casaron luego de un rato y tuvieron otro hijo. Pero después de

un rato el notó algo extraño. Ella había vuelto a ver a su ex. Se lo encontró en la galería. PM le preguntó a él por qué se había divorciado de ella. Cuando le fue a responder con la verdad los interrumpe la dueña de la galería. PM se enamora primera vista.

Parque

MP estaba en el parque caminando los diez kilómetros que diariamente camina. Un zapato suyo se rompió. La suela se despegó del resto. Empieza a caminar raro. Frente a él una señora caminaba haciendo ejercicio. En el parque hay muchas personas ese día. Estaban por el lago cuando MP tuvo que detenerse. Era inútil. Ella se detuvo también pero para tomarse una foto al lado de los cisnes del lago.

Estando muy cerca el uno del otro, MP le dice que él le puede tomar la foto si ella así lo desea, pero ella lo rechaza. Él busca formas de arreglar su zapato, la suela estaba por salirse en su totalidad. De verdad va a tener que suspender el ejercicio y volver a casa.

Los cisnes caminaban juntos por la grama del lago, unían sus picos y tomaban sol.

Era un día bastante caluroso, MP termina de separar la suela del zapato y pretende continuar, botar la suela y seguir con el zapato roto. Ella al verlo le dice que amarre con sus trenzas la suela al zapato y que de esa manera por lo menos puede caminar de regreso a su casa sin molestia. Él lo hace y ve cómo las trenzas sujetan la suela. Lo amarró con mucha fuerza, varias vueltas. MP le agradece y le pregunta de dónde es ella, pues, no la había visto en el parque antes y él va todos los días de hace par de años. Esa es en verdad la rutina de él, hacer sus diez kilómetros diarios. Ella le dijo que es por su trabajo, que no es de la ciudad

y solo estaba dando un paseo mientras se ejercitaba. MP no lo decía por mal, él esperaba que le dijera que era de quienes van en las tardes o algo así.

Se hicieron amigos mientras caminaban y dejaban a los cisnes atrás. Al final le pide su número de teléfono, ella accede. Como amigos del parque empezaron a hacer ejercicio los dos. Ambos lograban hacer los diez kilómetros. MP compró unos zapatos nuevos. Los cisnes estaban en cada vuelta que daban, el lago reflejaba el cielo y las palmeras se extendían en provechoso estiramiento. Caminando se conocieron más íntimamente, empezaron a hablar del trabajo de ella, luego de sus estudios, del trabajo de MP, también los estudios de él, de la familia y por último sobre las parejas. Daban dos o tres vueltas al parque y después se despedían.

Pasaban por el barco, por el lago, por la tarima, por los jardines, por los puentes, por la parte del zoológico y por último cerca del estacionamiento, donde ella se montaba en su carro y se iba, mientras que él hacía el regreso a su casa a pie. No vivían cerca así que ella no lo podía regresar a él. Ella iba a su casa donde su novio la esperaba.

MP empezó a tener celos del novio de la señora y cuando el novio se tuvo que ir unos meses por un viaje de trabajo, MP aprovecho la oportunidad de invitarla a su casa.

Una vez en la casa MP tenía ganas de besarla en todo momento, pero ella muy recatada se distanciaba cada vez que él hacía una movida. Sacó entonces una bote-

lla de tequila, de la cual bebieron unos cuantos tragos. Pensando cómo hacer para besarla, optó por simplemente decirlo. Cuando le dijo que la quería besar ella no se opuso. Se dieron su primer beso entre la sal y el limón. Lengua con lengua después de un rato.

Siguieron conversando de las cosas que veían en el parque, de la gente, de los carros que estacionaban de cómo al parque le faltaba una canchas de tenis o de bádminton. De vez en cuando se volvían a besar. Se despidieron cuando la botella ya estaba por terminarse.

Ella se montó en su carro, pero no podía manejar. MP le ofreció quedarse a dormir, pero a ella le parecía esto demasiado, pensando en su novio y en las ganas que tenía de llegar a su propia cama rechazó la oferta. Él no insistió más sino que le llamó a un taxi. Al día siguiente se vieron en el parque, los dos con dificultades para hacer el ejercicio, después de dar apenas una vuelta decidieron ir a casa de MP otra vez para recuperar su carro, MP le ofreció un jugo y algo de comer. Cocinó el almuerzo y se sentaron en la mesa del jardín.

MP no quería preguntar, pero sabía que el novio de ella volvería, solo que no sabía cuándo. Él la fue a besar pero ella solo respondió con que se tenía que ir. Era obvio que estaba incómoda. Él le volvió a preguntar si la podía besar y ella no se negó. Ella se fue en su carro en la tarde. Era fin de semana y estaban hablando por teléfono. Se volverían a ver esa misma noche. Esta vez él estaba seguro de que ella sí se quedaría a dormir. MP no sentía ningún remordimiento

por ser menor que ella y menos porque ella tuviese novio, simplemente disfrutaba de la compañía de la señora y comenzaba a quererla.

Esta vez MP saco una champaña, puso su música favorita y pasaron el rato hablando. A la hora de darse los besos lo hicieron con mucho entusiasmo, como si ella no tuviese novio o como si MP fuera el suyo. No podía creer su suerte. Él le preguntó por cuál razón el novio nunca iba al parque, y la respuesta era lo que él esperaba, por trabajo. Bebieron y ella se fumó unos cigarrillos importados. Escucharon la música, hablaron encima de ella. Estaban completamente solos. Ella le dijo que quería amanecer con él. A lo que él pensó que se refería en la cama, pero era solo una expresión para no dormir.

MP le iba a ofrecer que ella durmiera en su cuarto y que el dormía en el sofá de la sala, pero esto a ella le pareció un error. Le explicó que no quería dormir y él lo entendió. Jugaron a las cartas hasta que amaneció, pero entonces, a ella le dio sueño. Los dos se acostaron en la misma cama y se quedaron dormidos. En la mañana se despertaron sin saber cómo habían terminado durmiendo juntos. Ella estaba confundida, pero nada había pasado. Pensaba que en la noche anterior iban a tener sexo, pero se quedaron jugando y escuchando música. Ella quería simplemente acostarse con él e irse, no quería dormir ahí.

Él despertó después que ella, cuando su teléfono sonó. Era el novio que la llamaba para ver cómo estaba. Ella le mintió y le dijo que estaba en su casa a

punto de salir al parque a hacer ejercicio. MP se sonreía al escucharla mentir, sin dejarla hablar la besó. Así fue que ella colgó rápido y empezaron a toquetearse y luego tuvieron sexo. Después fueron al parque. Él le quería agarrar la mano pero a ella le daba pena que la vieran, se las agarraron solo el comienzo del trayecto.

Vieron a los cisnes y cruzaron los puentes. Pasaron por el barco y llegaron al estacionamiento se regresaron a la casa de MP donde estaba el carro de ella. Se montó en el carro y se marchó a su casa. Él se duchó y pensó en ella todo el día. Se vieron también el último día de la semana en el parque. Él caminaba a su par, se adelantaba y luego se atrasaba.

Al comienzo de la semana que siguió ella no respondió más los mensajes de MP, ni fue al parque. MP hacía el ejercicio a medias porque extrañaba a su compañera. No fue lo mismo. No sabía si el novio de ella lo estaba viendo, nunca supo cómo era él. MP confundido de si el novio se había enterado dejó de buscarla. Ella no apareció más. MP empezó a hablarle a otras personas, fingía tener el zapato roto. Buscaba lo que había tenido con la señora en otras personas. Pero nunca tuvo éxito. MP empezó a buscar a mujeres de su edad.

Perro

Por el este salió el sol. Él estaba durmiendo plácidamente. No se levantó ni una sola vez en toda la noche. Soñaba profundamente. Las nubes en las alturas empezaron a calentarse. La noche terminó en el momento en el que el primer rayo del sol tocó la fría tierra. Tierra que evitaba con su cama. El sueño estuvo cargado de vueltas incesantes por la cama, pero ningún recuerdo hay de ello. Nadie lo veía dormir, y si fuera así, ninguna aseveración se pudiera hacer de con qué cosa estaba soñando.

Las imágenes y situaciones se desvanecieron como la neblina que arropaba a la ciudad. Poco a poco todos los habitantes fueron despertando. Nuevas historias por formarse, pero, él tranquilo, no dependía de ninguno. Solo el olvido y el sol despertaban a las personas.

Se mantenía la estación actual, soleado todo el día.

Los días, en su mayoría, calurosos, estaban para retomar las actividades cotidianas en la toda la ciudad. El bienestar personal y colectivo se distendía entre quehaceres y diligencias. Cada quien en su nube. Él se despierta y abre los ojos, ve el techo y el ventilador que son uno. El ventilador da vueltas todavía haciendo parecer que el fresco mañanero era aun mayor. La cama con su temperatura corporal se ha aclimatado, pero volverá a ser fría y después caliente, como las estaciones.

El paisaje mejoraba y no era repetición de uno anterior, era un fresco despertar. En su cama, sin recolec-

ción de sus sueños más que la confusión de formar parte de algo misterioso, él recuerda la noche anterior, como si le quedara algo pendiente. Sus últimas acciones son puestas en escenas, pero nada disonaba. Había dormido bien y comenzaba un nuevo día.

La noche anterior se había quedado en casa, prendió unos inciensos, como de costumbre, y repasó charlas que había tenido con otras personas. Ahora en la etapa más tranquila de su vida, no por un factor externo sino porque así él lo decidió, recordaba cada palabra que dijo y el momento en la que la dijo. Cargando de significancia tanto al momento como al lenguaje, como sueños cada conversación daba un inicio, un desarrollo y un cierre de alguna etapa de su vida. No se acordó de las conversaciones sino en las últimas reflexiones que tuvo antes de dormir. Pensaba que ahora estaba mejor, pensaba que hizo cosas que no debió hacer; ese tipo de reflexión que no se pueden poner en palabra.

Dejaría fluir todos los asuntos. El momento de actuar había pasado. Él solo esperaría a que sus inversiones dieran fruto Esperaría por sus acciones a que traigan, estas últimas, lo que él pensó cuando las hizo. Lo que pensó era lo que importaba, no podía estar equivocado. El sol avanzaba como si fuese él quien camina por el cielo y no al revés. Las nubes y la brisa jugaban y se tocaban entre sí como hermanos pequeños. El aire cambiaba y no sería raro que pronto se pusiera denso, pero él estaba tranquilo y no tenía planes de alterarse.

Se paró de la cama con hambre. Limpió el remanente del incienso que quemó la noche anterior. Fue a la

cocina y prendió el gas. Recordaba todas las fogatas que había hecho, al ver el fuego surgir. No en específico fogatas para comer, pero fuego en madera ocupaba la atención de él. Pensaba que alguien en estos momentos estaba prendiendo un trozo de madera.

Empezó a cocinar los alimentos que tenía. Recordaba todas las veces que había salido a cazar, como también todas las veces que recogió vegetales cultivados en tierra. Pensaba que alguien en estos momentos estaba saliendo a cazar o estaba recogiendo vegetales del cultivo.

Una vez lista la comida se sentó a comer tranquilamente. Escuchando cada mordisco y cada respiración, se recordaba de todas las veces que se sentó a comer. Pensaba en que mucha gente estaría comiendo en el mismo momento que él.

Cansado de recordar y de pensar en plural, dispuso de su tiempo para meditar.

Prendió otro incienso y en silencio empezó a cerrar los ojos. Los que meditaban a esta hora seguro no habían desayunado. Por la mente no le pasaba ningún retazo o pincelada del sueño que tuvo, no lo recuerda, tampoco le perturbaba ninguna conversación a la cual indagar por otros significados. Todo estaba dicho y actuar ahora era lo de menos. Simplemente, y sin palabras, pensaba en su edad, en su trayectoria y en su experiencia en esta vida. Pensaba en su pareja, después en sus múltiples parejas, algunas del pasado, como también ilusiones y fantasías para el futuro. En verdad no pensaba en nada. Cada noción que le cru-

zaba en la mente estaba resuelta desde el comienzo. Él solo dejaba fluir su conciencia, la expandía. Su autonomía empezaba a definirse como algo concreto. Toda la burocracia que pasó para alcanzar la paz mental en estos días. Se turbaba al pensar en lo complejo de la sociedad hoy en día, todas las instituciones, todo el papeleo, todo el procedimiento. Otra cosa que le turbaba era el dinero, tenerlo o no tenerlo, le era igual. Las preocupaciones materiales ninguna reflexión nueva acarrearían; eran simplemente eso, preocupaciones, cosas de las cuales no hay que ocuparse de momento. Él solo quería disfrutar del momento, sentir que lo estaba haciendo bien.

Termina de meditar y va a bañarse. Recordaba de todas las veces que se bañó en el río y después lo mismo pero con el mar. En ese preciso momento alguien se estaba bañando en el río y alguien distinto en el mar. Disfrutaba de cada cosa que hacía. Salió de la ducha y decidió secarse al natural, sin toalla. Salió al jardín y tomó el sol. Desnudo por completo. Húmedo y dejando agua por donde pasaba. Sentado en la silla sentía al sol en su piel. Recordaba muy bien esa sensación. Alguien en ese preciso momento estaba tomando sol, como él, en su ciudad o en alguna parte del mundo.

Empezó a ver el sol directamente, esto le pareció que era lo máximo. Haciéndole daño a sus pupilas continuó viéndolo hasta que vio en él un perro.

Primero la cara de un perro que lo miraba de vuelta. Todos los recuerdos se agrupaban en ese momento

de ensoñación, la alucinación era algo con lo que sabía lidiar. No dejaría que se acabara tan pronto. El sol que siempre nos saluda de alguna manera; era en este momento como si el sol lo hubiese anticipado, como si el sol conociese en profundidad su historia, pero a la misma vez como si el sol se convirtiera en perro. Tanta luz lo encandilaba y lo hacía entrecerrar los ojos.

Veía un perro, veía su silueta en el cielo y le daba satisfacción. No era una nube eclipsada, era la imagen de un perro. Desnudo y seco, en su jardín, viendo al sol-perro, él empezó a aullar. Habla el idioma del regente del sistema solar. Quería interactuar con él. Cada vez aullaba más fuerte empezó a moverse como perro. En la alucinación como si hubiese consumido algo podrido. Ser como el perro era lo necesario. Totalmente deterioradas las pupilas y gotas saliendo de sus ojos, tenía la visión borrosa. Ve su cuerpo y alucina que es un perro.

Un perro que duerme, que come, que medita, que se baña y luego se seca al sol. Le gustó tanto la idea que comenzó a sonreír. La sonrisa de un perro feliz. La grama se confundía con sus pelos. Su cola era bailarina y sus patas eran fuertes. El hueso a perseguir era su propia autonomía. Esperaría por su hueso ideal. No perseguiría más su cola. Ni atacaría a los gatos callejeros. Se paró y fue por sombra muy cínicamente.

Habitación

En la habitación donde sucedió todo. Un gran pasado se disputa. Los resquicios contemplan el paso del tiempo, ellos saben que lo que fue nunca volverá a ser; como la sinapsis de una idea magnífica. En su habitación. Las cosas fluían, nada pesaba; ni si quiera la sombra, que como golpes a la cabeza cuando era vista moverse, sea un brazo o una pierna; aparecía de repente a saludar. Los recuerdos como si fuesen de otras vidas no perturbaban en lo más íntimo.

En la habitación, ahora vacía, excepto por su cuerpo, las apariencias se desvanecieron. Quedaba, una vez más, él solo frente a su presente. No le asustaba en lo que se había convertido. Evadía cualquier síntoma de mala vibra y el diagnóstico era favorable. Lo hecho se mantenía como prueba de la intransigencia. Como si estuviese dentro de un fuego, pues ha sido la misma habitación en la que desde pequeño vivió, el no sabía cuál punto de su vida detenerse y mirar. El presente, totalmente suyo, era tan grato que nada podía disrumpir el momento.

Habían estado en esa habitación amigos, novias, parejas, familiares, la policía, desconocidos, animales y él en todas sus etapas. La acumulación de días en esa habitación le daba una característica humana al lugar. Ese lugar físico del que se puede ser sueño era más que una posesión. Como si fuese otra persona más, o la muestra de otro, un ser superior, esa habitación era

una huella imborrable. Él estaba de nuevo ahí, pero es que ahí vivía, ya no lo visitaba nadie. Él estaba solo. Nada más la carga física del lugar lo acompañaba.

Empieza a sonar su teléfono, no lo tiene cerca, no piensa contestar. Él está admirando el lugar y con él toda su existencia, su vida a través de su vivienda.

Empieza a sonar la puerta de la casa, pero tampoco piensa contestar, ni abrir, ni ver quién es, ni mucho menos qué desea. Le gusta lo que ve, el cómo se siente. Suena su laptop, es evidente que alguien lo busca, pero él no quiere continuar, el quiere situarse en ese momento aunque sea unos minutos más. Antes de que su nueva potencialidad desaparezca y vuelva a la cinética forma de actuar de la sociedad. Como viendo una película de sí mismo, esa habitación eran tan mágica y misteriosa como la vista ajena de uno mismo; como otro observador.

Sonaba el teléfono, la puerta y la laptop al mismo tiempo e igual su concentración era incorruptible. Sin parpadear mira fijamente este espacio. La cama, la ventana, el techo, las paredes, el escritorio, la televisión, el estéreo, los cuadros, el closet, el estante y el ventilador.

Empieza a llover. Siguen sonando los artefactos, el timbre agudo, el teléfono repetitivo, la laptop exagerada. Se acordaba de días enteros en esa habitación, de noches enteras, de lluvias, de tormentas, de momentos vividos.

Como una lluvia que te empapa el lugar era apasionante de alguna manera emotiva y sobrecogedora. Se imagina debajo de la lluvia, como si esta entrara

por las paredes y por el techo. Él en la mitad siendo alcanzado por gotas. Todos los artefactos y objetos alcanzados por gotas. Gotas que son recuerdos. Conversaciones, cigarros, amigos, risas, abrazos, manos, piernas, sombras, tragos, sustancia, materia.

La lluvia era infinita. Caían recuerdo, caían gotas sin parar. Las nubes de esta lluvia, como grandes columnas antiguas eran pesadas. Caían las gotas, fluían los recuerdos al ritmo del sonido del teléfono, de la puerta y de la laptop, juntos.

Empieza a escuchar su latido y todo el resto desaparece. Una gota ruedan por su mejilla, es una lágrima que se fusiona con la lluvia. La lágrima es el futuro recuerdo de este momento, recuerdo que lo alcanzará en algún momento. Solo su corazón palpitante continua, como única presencia y única realidad. Nunca dejaría aquel lugar. Como una tumba la cual está hecha a la medida y tiene todas las posesiones personales. Como un lugar del cual no salir a buscar nada. Es tal vez el pasado perfecto, pues es su único pasado, es tal vez sujetarse a lo que ya fue lo que su corazón evade, pero ese lugar estaba vivo, contaba una historia que era la suya propia y él sabía, muy adentro suyo, que esa historia no había terminado.

Así que apagó su celular, cerró la puerta de la habitación y desconectó la laptop. Silencio, cerró la ventana. Fue entonces cuando dejó que la habitación hablara. Él de forma estoica escuchaba y sentía lo que la habitación le comunicaba. No sabía qué valor tenía ese espacio hasta ese día.

El día era uno como cualquier otro. La lluvia cesó, él solo cerró los ojos y soñó con la habitación. Escenas recreadas por su subconsciente aparecían frente a sus ojos. Nada material de lo cual aferrarse. Supo entonces que era verdad, nunca dejaría esa habitación de alguna u otra forma. Esas cuatro paredes, ese techo, esa área. Pasaron los años y siguió en la habitación. Mucha gente lo saludaba desde la calle, una vez despierto, y él respondía. Despierto una vez por todas y para siempre. Mucha gente tocaba su puerta del cuarto y él abría. Muchos sueños venían a su mente y él los vivía. Los compartía. La razón le indicaba que ahí él era feliz, pues es donde de veras se encontraba a sí mismo. Sin pintar las paredes o quitar los dibujos de las mismas, la habitación permaneció como siempre. Solo él cambió físicamente, pero conservó intacto su corazón. Ningún deseo lo perturbó. Todo lo bueno residía y había residido en aquel lugar. La habitación contó tantas historias como fue posible y él nunca se aburrió. Nunca más lloró. La lluvia no volvió a entrar.

Hidrógeno

El trato estaba listo. Las dos partes satisfechas. Ningún error. Ningún problema. Él le había pagado por sexo. Ella aceptó el dinero. En ese momento que todo terminó ella se baja del carro cuando él la deja en su esquina, antes, bota el condón usado por la ventana hacia la calle. Mientras se despiden, él le da unos cigarrillos y ella prende uno con su yesquero. El dinero ya estaba guardado, pues él se lo entregó antes del coito. Ella lo contó y se lo guardó para después proceder.

Era la primera vez que se veían, pero seguramente no era su primer cliente del día, como tampoco era su primera vez con una prostituta. Él había manejado hasta esa esquina solo para conseguirla a ella, pero sin saber con qué se toparía; era conocida esa esquina.

Todo fue improvisado, menos el sexo. Ella sabía muy bien, sin conocerlo, lo que le hacía, y él, sabía cómo disfrutarlo sin estropearlo todo. Su filosofía de vida era tan básica, su placer tan mundano, pero igual ella veía en él una pasión que desbordaba su mente, o la de cualquiera. Era en lo simple del asunto, y obvió su condición de vida, lo que la impulsó a hacerlo perfecto para él. Inolvidable.

Él no era como sus otros clientes. Ella lo sabía apenas le dijo que se montara en el carro. Pasearon y se estacionó en una acera alejada de cualquier contacto. Sin que nadie los viera, ella se sentó encima de él. Disfrutaron cada momento y nunca pensaron en que

serían atrapados. Se despidieron por fin, ella guardo los cigarros, se bajó del carro en el mismo lugar en el que se subió; sin ver a nadie a la cara regresó a su esquina y continuó fumando.

Solo, manejaba por las calles. Veía el retrovisor de vez en cuando para asegurarse de que nadie le seguía. Veía a las demás personas haciendo su vida, era un día como cualquier otro, y no le molestaba nada. Llegó a su casa y abre la puerta, se queda viendo un dibujo que él mismo hizo. El dibujo es sobre el hidrógeno. Su rostro era plácido. El dibujo estaba enmarcado y firmado. Un solo átomo de hidrógeno. El más simple de los químicos.

El dibujo le recordaba al planeta, el cual gira alrededor del sol; como es sobre el hidrógeno, solamente, y este tiene un electrón, el cual gira en torno a un protón, la analogía era implícita. Solo que a veces se sentía él como el electrón, y no el planeta, girando incansablemente, buscando combinación con aquel protón. Lo cual era imposible, simplemente imposible. Nunca se combinaría, giraría hasta conseguir con quien aliarse, pero nunca lo haría con ese protón del cual ya gira.

Es el hidrógeno el elemento básico del universo. El sol lo quema para producir helio y así liberar energía al sistema solar. Es gracias al hidrógeno que hay vida. A él le habían roto el corazón, ya ni se acordaba, pero al ver el dibujo se preguntaba sobre ese protón que solo está. El hidrógeno está en el agua también de a dos. Como en muchas otras combinaciones y usos

diversos, el universo no se cansa de él y se consigue en casi todos lados, incluso en Marte. Él dibujó ese en particular cuando era más joven y desde entonces, siempre le ha llamado la atención. No era fanático de la química, pero se relacionaba con el dibujo. Lo dibujó antes de que le rompieran el corazón.

Pensaba entonces, relajado, lleno de hormonas, en lo indivisible. En lo indivisible que es su alma haga lo que haga, esté con las personas que esté, disfrute lo que disfrute, salga con quien salga. Se acuerda de la cara con quien estuvo unos minutos antes, pero no del nombre. Le parece extraño, pero no le perturba mucho, pues es seguro de que sea un nombre inventado. Deja de ver el dibujo y va hacia el computador, lo enciende. Espera a que todos los programas inicien después de poner su contraseña personal. Conecta su teléfono al computador, y pasa el video que grabó con ella.

Él le pidió permiso para grabar y ella accedió, tal vez por eso ella se esforzó aún más y todo parecía en pro de él. A ella en verdad no le importó. Mientras el video se pasa del teléfono a la computadora, él busca un trago. Se lo sirve hasta el tope, con hielo. Vuelve a ver el dibujo. Está calmado. Sabe que se arriesgó con lo que hizo, sabe que algo pudo haber salido terriblemente mal.

El video está listo. Toma asiento y bebe sorbos medianos de su trago. Disfruta cada momento. Empieza a ver el video. Él que ya lo había vivido lo ve como si fuese una nueva película. Los audios son crudos. La

imagen de la cámara se mueve con su pulso. La iluminación es abrupta y el enfoque baila entre objetos. De todas maneras se veía bien, se entendía lo que sucedía. El video termina y lo vuelve a poner. Bebe un poco más de su trago.

Termina de ver el video. Se sirve otro trago. Vuelve a poner el video. Bebe mientras lo ve. Otro trago. Así hasta que se cansa de verlo. Los tragos han hecho efecto, ha pasado el tiempo, algo que duró solo minutos no se puede prolongar tanto. La botella está medio vacía. Después de un rato pensando viendo el dibujo, decide editar el video, arreglarlo, ponerle un estabilizador, cambiar la iluminación, ponerle música. Escoge la canción que más le gusta. Nunca se aburriría del video. Sucede que dura más que la canción, así que pone tantas veces como sea necesario el mismo tema.

Él busca prolongar el placer del encuentro que tuvo dándole el mejor trato a su obra; volverlo casi perenne, inmortalizarlo y hacerlo de verdad suyo. Se toma otro trago y vuelve a ver el video ahora con la música. Los gemidos de ella con la respiración densa de él todavía se pueden escuchar. Le parece aún más excitante. Piensa subir el video a alguna página porno, pero muy epicúreamente prefiere guardárselo para sí mismo. Es su placer y nada más. Se termina la botella y no queda más alcohol en la casa. Él como el sol necesita de su hidrógeno, en este caso el alcohol.

Antes de que el mercado cierre es un buen momento para ir, pero él no puede dejar de ver la pantalla. Piensa

que es mejor que los recuerdos que tiene en primera persona del evento. Piensa que con la cámara también se capturó a él en el acto, lo cual, le suma placer al asunto. Empieza a sonreír frenéticamente como en un frenesí del cual no hay salida. Ve la pantalla fijamente, sin parpadear. Empieza a llorar. No sabe cuándo volverá a tener el dinero como para ir de nuevo a esa esquina. No sabe cuándo volverá a grabarse. Pero sabe que este no es el último video que hará.

Mira fijamente la pantalla y ve los bombillitos de la misma, cada pixel por separado como cada átomo que compone la escena, como cada actor que interactúa en el video, como cada instrumento que compone la obra, cada paso del tiempo como un todo lógico y organizado. No va al mercado decide que es suficiente. Está extasiado con el día. Se ha salido con la suya, empezó entonces a sufrir de tanta felicidad. El día se había acabado y nada volvería a ser lo mismo. El video era una evidencia de que las cosas cambiarían.

Llamó a una amiga y acordaron verse al día siguiente con ella, simplemente para poder hablar y despejar la mente. Él no contaría nada de lo que hizo, pero entre amistad y amor prefería la amistad, así como el protón y el electrón. Apagó el computador, primero guardó bajo seguridad el video en una carpeta segura con contraseña.

Fiesta

En la fiesta cree haber soñado este momento en particular. Creer que se soñó algo y recordarse de algo que se sueña son dos cosas diferentes. Él había soñado este momento y luego lo vivió de nuevo, despierto, pues ya lo había vivido en el sueño. Sin poder explicarlo no entendía qué pasaba. Sería apropiado decir que estaba confundido, pero para este caso el estaba claro de lo que significaba, o tenía una primera idea.

Sus sueños habían develado la situación en la que se encontraba con preciso detalle. Él estaba tranquilo, por ahora la fiesta marchaba bien; en la noche nada había interrumpido el placer. El gozo estaba acompañándolo en cada acción. Incluso recordaba el momento que soñó y no le traía ninguna mala vibra, pero estaba cambiando en algo. No había pérdida en sus quereres. Hasta entonces había estado rodeado por amigos y amigas. Nadie extraño le había hablado o molestado de alguna manera.

No fue sino hasta que se quedó solo que vio la luz estroboscópica detenidamente. Las palpitaciones de esta luz lo introdujeron en un trance. La música sonaba alto y el ambiente era oscuro. Fue en ese preciso momento que él recuerda un sueño que tuvo hace algunos días que era exactamente lo que vivía en el presente. No se acordaba del sueño hasta ese instante.

El día que lo soñó no lo recordó ni siquiera cuando se levantó.

Él siempre ha sido una persona que habla consigo misma y eso es lo que estaba haciendo. Hablaba consigo tratando de conseguir a sus amigos, hablaba consigo en sus pensamientos. Preguntar cosas al viento puede traer muchas respuestas. Más allá de darle explicaciones, fue sintiendo un desconcierto que lo abarcó. Él no era autista, eso seguro, no sufría de ningún problema mental. Como si estuviese desperdigado en mil pedazos, cada pedazo un sueño, cada momento un momento doble, se sentía separado de toda realidad. Como en otra dimensión o en un eclipse. Como si una fuerza mayor a la de su propia vida le hubiese mostrado la verdad antes de que sucediera. Tal vez sus amigos estaban en su cabeza, pero esto no era probable.

No tenía explicación y sus emociones lo engañaban. La sensación de haber soñado ese momento fue abrumadora. El momento pasó tan rápido, como reconocer a alguien en la multitud, como entender un chiste, como ver en la televisión a un actor conocido. No había medidas reconocibles de cómo discernir este asunto. La fiesta continuaba.

Solo su corazón sabía la verdad, es el mismo corazón para cuando se está despierto como para el que se está soñando, incluso, el mismo corazón para cuando se está muerto. Nadie le entendió cuando logró explicar con palabras lo que había vivido. Tampoco recordaba de haberlo escuchado antes. La verdad es que él sabía que ese momento no se iba a repetir, sería un error vivirlo una vez más, ese preciso momento.

La gente en el instante del suceso, nadie le prestaba atención, nadie le hablaba; él simplemente caminaba por la discoteca, hablando consigo mismo, hacia donde estaban sus amigos; la idea de que alguien lo estuviese hipnotizando o drogando, o gastando una broma no era factible.

Tal vez fue la luz estroboscópica y un asunto del manejo de la información por parte de su cerebro, pero fue tan real como un golpe. La imagen de la tarima de fondo. El DJ tocando en ella. El ambiente oscuro. Las ganas de llegar al otro lado donde sus amigos estaban. Su percepción de las cosas en ese preciso momento era lo que lo definía, por la simple razón de ser del acto. Todas las decisiones que había tomado hasta entonces, en su vida, no se igualaban a la decisión de continuar viviendo después de algo parecido. Como si la realidad fue una versión no terminada, él pensaba que esto era una falla en el sistema. Él está al tanto de sus cambios de ánimo, de sus interacciones con conceptos, de sus premisas o promesas a cumplir. Él está en gran medida conectado con su ser, y a lo mejor, este es un mensaje de su ser interior, pero aun sin saber claramente a qué se refiere este mensaje continua estando con sus amigos. No se separa de ellos. La música continúa.

Ellos olvidaron de lo que él estaba hablando. Continúan bailando y disfrutando. Ya tendrá tiempo para entender su alma y los precios a pagar en cuanto a la conciencia que se dispone, pero llega un instante de locura.

No entendía de qué manera esto era un mensaje para él, o en tal caso, alguna respuesta; era más bien como una muestra de poder, una muestra de destino. No entendía cuál fórmula tras el suceso hay, cuál droga consumir a partir de ahora en adelante, o cuál consumir para que vuelva a ocurrir. Solo había tomado unos tragos.

Empezó a dudar de todo cuando los amigos hablaban, pensaba que se referían de él secretamente, pensaba que tramaban algo contra él. Empieza después a dudar de sí mismo, como portador de luz y de una misma personalidad.

Luego duda de la dimensión en la que vive.

Todo esto en silencio. Por último duda de su próximo movimiento. Esa noche había dos fiestas. Piensa en ir para la segunda, pero no puede pensar con claridad. Tal vez fue por la tranquilidad de los días anteriores, tal vez es la agitación de estar rodeado por otras personas. Tal vez es que tiene sueño. Tal vez es que se durmió, o que durmió mal.

Deja de tomar de su trago por miedo. Ve al bartender pero está ocupado sirviendo tragos. Nadie lo mira a él. Bota sus cigarros, pues pueden estar contaminados. Ve la luna cuando sale del local. Él siempre ha pensado que la gente sí llegó hasta ahí y lo recuerda cada vez que la ve. Empieza a dudar incluso de eso, duda de la noche y del sol.

Escépticamente piensa que debería soñar más para poder investigar sus sueños. De ahora en adelante escribirá todos los sueños que recuerde, de esta manera

no se encontrará en estas profundidades. Se calma y vuelve a ver la luna. Esta vez la ve por mucho tiempo. La detalla bien. Los cráteres, los relieves, su suelo. Su sueño solo fue un reflejo de la realidad, pero porque el sueño vino antes es que él estaba desorientado.

Pensaba en lo que dicen sobre cuando uno se va a morir, que ve su vida pasar frente a sus ojos, pero esto era lo contrario. Entra de nuevo y se toma otro trago. Compra otros cigarros. La noche avanza. Todo está tranquilo. La luna cambia de sitio. Sus amigos le dicen que van a la otra fiesta.

Llegan y le gusta más este ambiente, más iluminado, más personal, más íntimo. Trata de conocer a más personas. Se siente más vivo que nunca. Habla de cosas que no había hablado antes. Se cansa y le da sueño, pero se mantiene despierto. Es un investigador de la vida que vive, es parte de su existencia en la medida en la que su existencia es.

Caballo

El caballo había andado lo suficiente. Estaba cansado y sediento. El día había transcurrido entre cabalgadas libres. El sol estaba por ocultarse. La noche recién comenzaba; una vez la tarde dispone de su final. El caballo respiraba forzosamente, percibe en la distancia que el toro lo ha visto y este se le acerca con paso constante. En la distancia el toro que estaba fresco iba con seguridad al encuentro. El toro era más grande que el caballo, el cual, decidió acercarse también, con la poca energía que le quedaba, dio los últimos trotes del día.

En la mitad de la llanura se encontraron. Había una enorme brisa. El caballo es quien acumula los últimos rayos solares, el toro de espaldas al sol ve fijamente al caballo. La distancia cada vez se hacía más pequeña. El dueño del toro ve al caballo. Sin hacer movimientos bruscos se acerca poco a poco al caballo y este fatigado empieza a retroceder. El toro se acercó de nuevo al caballo con su mirada versaba tranquilidad. El dueño era un buen dueño. A este caballo no lo había visto nunca, no era de su establo, ni del vecino. El hombre comenzó a acercarse de nuevo, con la mano extendida y con pulso fijo, iba a tocarle la cabeza al caballo, el cual, sin receso y cansado veía al sol ocultarse. Como el sol en la llanura, al caballo no le quedaba mucha energía, solo un halo.

El caballo había surcado mucho terreno para llegar ahí. El hombre logró poner su mano sobre el caballo. El

cariño del hombre, seguro de lo que hacía, lo tranquilizó. La mujer del hombre lo llama desde la casa unos kilómetros atrás. Esta noche las vacas están en celo, el toro supuestamente iría con ellas apenas terminara su vuelta por la llanura. La mujer preparó a las vacas. Era momento de regresar, con o sin el caballo.

El hombre tenía experiencia. Le dio una manzana que tenía en el bolso al caballo. El hombre había visto en las cuevas dibujos de caballos y toros juntos. El toro dejó de ver el caballo para ver a la casa en la llanura separada por kilómetros de distancia. La mujer volvió a llamar. El hombre no tenía cómo domar al caballo en ese lugar, pero sacó otra manzana y la puso al frente del caballo en todo el recorrido hasta la casa.

Con la manzana en la mano cada vez más se acercaba a la casa. El caballo lo seguía y el toro iba unos metros atrás como vigilando todo el proceso. En la casa sí tenía lo necesario para domar al caballo. El toro empezó a apurarse. El caballo vio en la distancia a un árbol, si no seguía a la manzana seguro iría para allá, donde la sombra perenne, a descansar. Le llamaba la atención sus ramas, pero ningún fruto había entre sus hojas. Fue cuando el caballo y el toro fueron al mismo ritmo y el hombre supo que lo acompañarían ambos de regreso.

La mujer al ver al caballo se puso feliz. Ella pensaba que le faltaba uno para reemplazar al caballo viejo del establo, era una pena pero dejarían de sacarlo pues era también un peligro. El hombre le dio la manzana al caballo una vez en su propiedad. La mujer se llevó

al toro donde las vacas. El hombre buscó unas cuerdas y trató de ponerle una silla al caballo, pero solo con las cuerdas bastaba como para llevarlo al establo caminando. El caballo cansado se dejaba. Una vez listo el caballo y el sol totalmente ido, el hombre llevó con los demás. En el establo le dio un puesto para que durmiera.

El hombre por fin pudo examinar, era un caballo salvaje, sin dueño, sin entrenamiento. La noche fue ocupada para el toro. El caballo viejo murió finalmente. El hombre y la mujer fueron a la cama. Al salir el sol todo se iluminó. El árbol en la llanura recibía los rayos del querido astro. El toro por fin se levantó, el caballo también, al igual que las vacas. El establo cobraba vida excepto por el caballo viejo.

Asustado el caballo empezó a relinchar y a dar coces. El hombre y la mujer comenzaron con los quehaceres cuando escucharon el alboroto. El hombre salió y tranquilizó al caballo y se dio cuenta de que el caballo viejo estaba muerto. Lo separaron con las cuerdas de su puesto y lo llevaron a la pista de entrenamiento con cautela. Empezó entonces su entrenamiento, pero el caballo estaba muy distraído, veía el sol, veía el árbol en la distancia, no se concentraba.

Al comienzo no fue fácil, pero con perseverancia se logró avanzar en la tarea. Pronto lo montaría. El hombre creía que este caballo podía ver a los muertos. El hombre estaba seguro de eso porque entendía las lágrimas del animal. Al pasar los días se demostró que el caballo era rápido y podía saltar muy alto. Fue,

una vez entrenado, el caballo predilecto del hombre. Le decía el hombre a la mujer que solo faltaba que le salieran alas al caballo.

Las vacas quedaron preñadas y era momento de parir. El toro viejo y sabio se acercaba a ver a las crías. Reconocía a los suyos y sabía cuáles lograrían convertirse en su sucesor. El árbol tenía en sus ramas las hojas secas por la estación. Una a una las hojas se caían. El caballo y el hombre hechos uno dominaban la llanura. Pastoreaban a las vacas junto con el toro. La mujer del hombre también quedó preñada en su momento.

El hombre era un jinete experto pero como padre tenía sus dudas. El deseo de la mujer era que su hijo fuese varón. El hombre entendió que tenía otra preocupación, conseguirle una yegua al caballo. De esta manera el toro fue sacrificado y vendido. Sus crías crecerían y se convertirían en toros fuertes. Con el dinero el hombre compró una hermosa yegua. El caballo dejó de llorar.

La yegua se paseaba en frente del caballo. El hombre y la mujer tuvieron una niña. Las crías del toro crecían rápido y las vacas daban leche. El hombre compro anillos y perlas para su hija. El caballo y la yegua se aparearon, pero no tuvieron crías. Así que lo volvieron a hacer hasta que dio resultado. La yegua murió en el parto. El potro fue separado del resto y cuidado con mucha atención. Cuando la niña creció aprendió a montar caballo y a pastorear a las vacas. El caballo salvaje ya era viejo, aún así la niña prefería montarlo a él. Se iba por la llanura kilómetros, des-

cansaba bajo el árbol y esperaba a que el caballo fuera de regreso a casa.

Una noche el caballo decidió escaparse del establo. Llegó lejos pero ya había amanecido y lo estaban buscando. El caballo se escondía del sol bajo una nube. La niña montó al potro que era ahora un caballo fuerte. Cuando los dos caballos se encontraron, se abrazaron por el cuello. La niña empezó a llorar y creyó ver una yegua, pero era el reflejo del sol que se adentraba. Escoltaron al caballo viejo de vuelta al establo, pero cuando estaban llegando, el caballo viejo murió. El caballo joven y fuerte se convirtió en el favorito de la niña y con el tiempo lo supo domar y entrenar bien. Después murió el hombre y la mujer. La niña se quedó sola.

Gigantes

Había exactamente tres gigantes cuando él los vio. Construían una suerte de pirámide; un templo. Los gigantes eran morfológicamente antropológicos, como hombres más grandes, con mucha más altura y musculatura, pero no muy inteligentes a pesar de tener cerebros más grandes. Parecían ser amigos del diablo, pues el templo que hacían era pagano. Parecía que profesaban guerra a los dioses o al mismo Dios. Su existencia era una simple aberración teológica.

La construcción avanzaba rápido, pues la mano de obra no descansaba y tenían todo lo necesario. Él tranquilo entre esos cuerpos enormes se quedó bajo la sombra. Verlos directamente era como ver al sol, rozaban las nubes, sus manos eran tan grandes como una casa. Ver a los gigantes trabajar era poco usual, por lo general eran salvajes, comían mucho y destruían todo lo que se encontrara a su paso. Él cree haberlos visto antes, pero era muy pequeño para recordar con acierto, sabía lo básico de ellos, como también se había topado con algunos huesos de gigantes en el camino de regreso a la aldea. Estos huesos estaban frescos, por lo que estaba seguro de que se encontraría con alguno de ellos.

Le asombraba que los dejaran trabajar tranquilamente, seguro el rey no estaba al tanto, pero cuando se enterara los mandaría a matar. Alguien seguro estaba tras todo esto. Les pagaba a los gigantes por su mano

de obra, quería que se hiciera el templo lo más rápido posible; seguramente era una persona malvada y poderosa como para tener a gigantes a su disposición, a lo mejor una bruja que tenía pócimas que convertía a los hombres en gigantes. No todos los gigantes son malos o eso parecía.

Él sacó su espada y la clavó en el piso. Los gigantes no se habían dado cuenta de su visitante, seguían cargando rocas. Él se acercó a ellos y les preguntó por su empleador. Ellos no hicieron caso, sin prestarle atención siguieron trabajando. Ignorado decide buscar su espada, la cual se había quitado para no alterarlos, y sin entrar en combate se va de la zona, piensa en seguirles la huella y así llegar a su empleador. Sin hacer más preguntas sigue su camino a la aldea. Va hasta allá y se acomoda. Come el almuerzo, se baña, toma un poco de vino y después decide investigar más sobre los gigantes. Sin dejar el tema ir va donde su amigo le pregunta si los ha visto. Le cuenta que una vez se los topó cuando más joven, pero que esto fue en su infancia y que no recuerda bien.

Su amigo habla con otro amigo y resultó que nadie había visto a los gigantes. Cuando fue con su amigo al sitio, su amigo entendió que se había metido por el camino viejo. No estaban los gigantes, pero la construcción del templo estaba lista. Seguro de haberlos visto le explica a su amigo cómo los gigantes cargaron las piedras. Su amigo no le podía creer lo que decía. Los gigantes eran mitos, leyendas, nadie los había visto con certeza. Él con su espada en el sitio

decía cómo los gigantes ponían esta y aquella piedra, estaba convencido de lo que vio; la obra había sido hecha por gigantes. Su amigo al contrario pensó que la obra había sido hecha por habitantes de otra aldea, o incluso por algunos de la aldea de ellos dos.

Confundido el amigo regresa a la aldea con él, pero dice que no vio ningún gigante solo un templo en el camino viejo, decía además que a lo mejor algo estaba mal con él, pues tampoco habían huellas, ni huesos. Muchos incrédulos en la aldea se preocuparon igual, la noticia se había regado, y optaron por abandonar el lugar. Muchos otros fueron hasta el templo e imploraron paz con los gigantes. Él decidió quedarse en la aldea y combatir la llegada de los gigantes. Quería que su victoria fuese vista por los demás. Buscó a los gigantes por todo el bosque, pero no los encontró. Le llegaron rumores de que alguien en la aldea cercana también los había visto recientemente. Fueron al lugar, cerca del río, pero ahí tampoco estaban. En cambio había otro templo igual al que había en el otro sitio por el camino viejo.

Las dos personas que los habían visto se unieron en fuerzas y fueron a cazar a los gigantes, pero sin rastros en el piso o cabezas en las alturas, conseguirlos fue difícil. Estuvieron por varios lugares juntos, preguntando si los habían visto recientemente, porque era claro de que los habían visto en otro tiempo. Consiguieron otro testimonio de otra aldea cercana a la montaña. Fueron al sitio ellos dos y vieron otro templo. Idéntico a los dos anteriores este templo se

afirma que también fue hecho por gigantes. Cuando preguntaron cuántos había visto trabajando dijeron que eran tres. Todo concordaba, pero es poco probable que fuesen los mismos tres gigantes.

El primer hombre que los vio dijo que seguro eran sus tres gigantes, el segundo afirmó igual y el tercero parecía estar de acuerdo. Los tres juntos empezaron a trabajar para atrapar a los tres gigantes. Buscaron mapas e investigaron sobre ellos. Acordaron que irían a la siguiente aldea. Ahí no había templo, por lo cual los tres hombres decidieron hacer uno antes de que los gigantes lo hicieran. Empezaron a construir. Los tres hombres eran tan fuertes como los gigantes, y enseguida el templo fue creciendo.

Un niño que paseaba por la pradera cercana a la aldea se consiguió con los tres hombres y les creyó gigantes.

Fue corriendo a la aldea a avisar. Los hombres ya habían terminado para cuando llegaron los aldeanos. Nadie sabía qué pasaba. A los tres hombres se les creía locos, pero con el reciente avistamiento de los gigantes por parte del niño las cosas no estaban del todo claras. Las noticias de los gigantes llegaron al rey y este mandó a llamar a los tres hombres. Una vez lista la reunión, los tres hombres tenían un ejército a su disposición. En las aldeas había desconfianza a esta decisión, unos creían en los gigantes, otros no, lo cual, desató una guerra civil.

Los creyentes y los no creyentes.

Pasaron meses y se persiguieron a los que no creían en los gigantes, se decía, por ser cómplices. Era con-

cerniente, este tema, para todos. Más templos aparecieron. El ejército estaba cansado de buscar y todo apuntaba a que los gigantes eran de otro reino. El rey pensó que habría una invasión cercana.

El primer hombre en ver a los gigantes con el tiempo murió y dejó su espada al segundo. Después murió el segundo de la misma enfermedad. Luego el tercero. Ahora solo quedó el niño que ya era un hombre como testigo de ver gigantes. El niño tomó el mando del ejército y conquistó más ciudades que ningún otro conquistador bajo la demanda del rey quien decidió atacar primero a los invasores. El imperio creció y todos se olvidaron de los gigantes. Nunca los consiguieron, ni huellas, ni huesos.

Solo el niño se acordaba de los gigantes, soñaba con ellos casi todas las noches. Sin saber que habían sido los tres hombres y no tres gigantes, al momento de morir, el niño que ahora era anciano, estaba en la primera aldea. Fue al bosque y entró en el camino viejo. Vio entonces que el templo era destruido por tres gigantes. El niño anciano había disminuido su tamaño. Murió en aquel momento.

Peces

Los peces estaban en aguas sucias. Nadaban, en su estanque, dando vueltas. Las hojas que había, y que seguían cayendo, se habían acumulado. Las sucias gotas de lluvia se habían combinado con el agua del estanque. El polvo había entrado en el agua. La brisa había atraído a cualquier cantidad de insectos y de contaminación. Era un estanque en medio de la ciudad, estaba sucio; pero aún así los peces nadaban.

Una mujer se topa con el estanque en su caminata diaria al decidir entrar en una parte de la ciudad llena de árboles. Lo que parecía ser una plazoleta contenía un estanque y varios banquitos bordeaban el lugar. Como si fuese una fuente, el estanque estaba en la mitad de un círculo. Nadie estaba en las cercanías.

Era una tarde lluviosa. Los peces salían a la superficie para saludar a la visitante. Ella venía de su casa, donde tuvo una disputa. El recuerdo la atormentaba. Sin paraguas su ropa se empapaba como el estanque subía de nivel. La disputa había sido sobre su existencia y sobre decisiones del pasado. Toda una trayectoria medida en unos pocos aciertos y desaciertos; su pareja la criticaba por algo que había hecho. Le decía que no podía vivir más con ella.

Ella bajo la lluvia caminaba sin rumbo. Hasta que se topó con el estanque. Su relación había terminado, pero no le importaba en verdad del todo; la opinión de su pareja era solo eso, ella conocía en verdad su

propia esencia. Se maravillaba por los peces, quería alimentarlos, sacarlos del agua, jugar con ellos, hablar con ellos. Veía lo sucio del estanque y entendía poco cómo los peces sobrevivían.

Con el agua sucia los peces no pueden respirar, pensaba. Estos peces eran especiales en ese sentido. Ella pensó que no fue hace mucho que el estanque empeoró su situación, pero esto era incierto. Pudo ser años de contaminación, esto era lo más probable.

Ella sacaría a los peces del estanque y les daría un nuevo hogar, tal vez con ella ahora que su pareja se iba de la casa, sería un nuevo comienzo para ambos. Ellos lograrían nadar en aguas limpias y ella podría avanzar en su vida. Primero los pondría en una bañera, para que los peces, después de comprar una pecera, vivieran con él bajo el mismo techo, apartados de la lluvia para siempre.

Regresó la mujer a su casa donde su pareja había hecho ya las maletas para marcharse. Se iba por bien, de una vez por todas. La noche entró en el cielo y ella durmió sola. Soñó con los peces. Sacrificaba a algunos, uno por cada vez que se equivocó en el pasado, como ofrenda, los mataba uno por uno.

En su sueño, los peces, de sangre fría, no se resistían a las manos de la chica y salían del agua a morir. Ella, después de sacar a unos cuantos peces que morirían para lavar sus errores, regresaba con su pareja. Cuando apareció su pareja notó algo extraño. No era sino Cristo en persona. Despertó sudando. Se sentía como un pez, mojada, y estaba segura de que no deseaba morir.

De madrugada fue a visitar a los peces. Ellos tampoco querían morir, nadaban tranquilos en el estanque. Ella metió su mano en el agua y los peces nadaron alrededor. Ella miró al cielo temprano y vio como dos planetas se alineaban con el paso del tiempo. Como dos aviones que colisionan entre sí, los planetas parecían ser uno.

Con las pupilas irritadas, metió su cabeza en el agua. No pudo abrir los ojos. La sacó y respiró incesantemente.

Regresó a su casa y se dio un baño con agua caliente en la bañera. Salió y se vistió, ya era de mañana. Conster-nada por lo que había visto en el cielo, prende la televisión después de días sin prenderla. Vio en tres canales, tres historias distintas que la distrajeron.

La primera sobre un navegante que naufraga en el mar. La segunda sobre una serpiente que surca todo un río en busca de alimento. La tercera era sobre una fiesta desmesurada donde los protagonistas llegan al clímax y mueren.

Empezó a llover de nuevo. Ella apagó el televisor. Decidió volver al estanque. Entre las calles se perdió al dar unos giros equivocados. No recordaba cómo lo consiguió. Se guió por los planetas en el cielo. Esa vez llevó consigo un poco de pan, para los peces y del cual comieron. Al ver que se comieron todo el pan, ella fue a buscar más.

En la puerta de su casa consiguió su pareja esperándola. Él le pedía disculpas y busca reconciliarse. Ella lo aceptó de vuelta.

Esa noche, una vez terminada la lluvia, se fueron a dormir después de tener sexo. Ella soñó que era un

pez y que estaba en una nube, primero, después en un río, y por último en el estanque con todos los otros peces. En ese estanque el agua era tan densa como el agua de las profundidades del mar. Los movimientos eran lentos, y había, sin saberlo, suficiente espacio como para moverse.

Se levanta cuando escucha una voz, era la de su pareja, la veía sudar mucho en la cama. Ella le preguntó si vio lo de los planetas y él le dijo que eso mismo sucedería dos veces más en los próximos años. Ella se levantó de la cama, no había pan desde que se lo llevó a los peces. Su pareja le dijo que él saldría a comprar. Ella accedió.

Ella se quedó en la casa y se dio un baño de agua caliente. En verdad había sudado mucho. Después investigo sobre cual clase de peces habían en el estanque, pero no consiguió cual era.

Después de comer le dijo a su pareja que saldría a caminar un rato. Fue hasta el estanque y se consiguió con una mujer vieja. Era demasiado parecida a sí misma, como su reflejo envejecido. Le preguntó por los peces al ver que no estaban, y la vieja le dijo que ahí no había habido peces desde hace años, que dejara de ir al sitio y que volviera con su pareja. La vieja parecía conocerla íntimamente. Estaba empapada y tenía los dientes sucios, parecía que se hubiese comido a los peces. Ella consternada regresa a casa.

Empezó a llover. En casa con su pareja habló más sobre los planetas y cosas por el estilo. Se acercaba el cumpleaños de ella. Él quería saber qué quería de

regalo. Ella le dijo que quería una mascota. Cuando él le preguntó cuál ella dijo que unos peces.

Esa noche ella soñó que llevaba a los peces del estanque devuelta al mar. Se despertó cuando vio los dientes de la señora devorar a algunos. Supo entonces, que fue la señora quien regresó los peces al mar. Después de desayunar su pareja le dio cualquier excusa para salir, pero en verdad fue a comprar el regalo que ella había pedido. Fue al estanque por última vez, allí estaban los peces nadando, nadie los había llevado al mar. No había señales de la señora. Ella empezó a atraparlos sin resultado. Empezó a llover y se le dificultó conseguirlos. Intentaba atraparlos con todas sus destrezas, pero era inútil. Los peces habían desaparecido bajo la lluvia.

Sin entender qué había sucedido, regresó a su casa y esperó por su cumpleaños.

Postura orante

En todos lados lo veía, era como una pandemia, algo que se propagaba con rapidez y sin control alguno. Lo veía en la iglesia, no solo por parte del clérigo. En el museo escondido en cuadros de antaño como en obras nuevas. En la televisión por parte de actores, como también por parte de informantes y que no. En los periódicos, en fotos y descripciones en los artículos. Hasta en las redes sociales donde influencers y demás personas se unían a este movimiento.

Todos, todos, sin excepción hacían la postura orante. Sus amigos hacían la pose. Sus familiares también. Los desconocidos igual. Para cualquier lado que viese estaba la pose.

Él no entendía el por qué. A todos los que le preguntaba qué pasaba, a todo lo que él decía siempre obtenía por respuesta la misma postura, la postura orante. Así fue que dejó de salir. Ya no iba a la iglesia, ya no salía con sus amigos, dejó de ver a sus familiares, incluso, dejó de salir de casa para no toparse con desconocidos. No más periódico, no más televisión. Solo escuchaba música y cocinaba.

Empezó a ver por su ventana hasta que se dio cuenta de que los árboles también lo hacían. Los árboles hacían la postura orante con sus ramas. La postura consistía en poner los dos brazos a la altura de los hombros. Esta era la señal que recibía del mundo, esa era la señal que todos hacían. Con las palmas hacia

el cielo o hacia adelante, todos se mantenían en la misma posición frente a él. Cuando él no estaba no podía discernir si los demás actuaban normales o no, pero era obvio que ante su vista todos recitaban la misma postura.

Le parecía que todos imploraban el don del cielo. Era como si todos quisieran ser sacerdotes. En la era en la que todos son sus propios salvadores, cada quien era su propio pastor, pero era obvio que esto desafiaba a Dios.

Algunos hacían la postura sonriendo, otros la hacían llorando, otros pocos serios y otros pocos también la hacían con los ojos cerrados. Todos tenían algo por lo que pedir ayuda y todos esperaban que algo mejorase. Con el progreso de la tecnología y las comodidades siempre se podía estar mejor.

En todas las fotos que se tomaban esa era la postura. En fotos de primera comunión, de boda, fotos carnet, para los anuarios, fotos personales, grupales, fotos de todo tipo haciendo la postura orante, en todos los posibles, en la cascada, en la casa, en el edificio, en el castillo, en la iglesia, en la biblioteca, en el estudio, en la plaza, en la calle, en el transporte, en el espacio, en todos lados. Incluso a los muertos le ponían esta postura, los ataúdes eran de mayor tamaño para este propósito.

Él no lo entendía, no tenía nada porqué pedir, lo tenía todo, aunque poco, nada le faltaba; tanto en lo básico y material como en lo espiritual estaba satisfecho. Sin salir de su casa, y en gran confusión, el tuvo un sueño. En su sueño la virgen María hacía esta misma postura.

Fue entonces cuando él también la comenzó a hacer. Salió de su casa y a cada persona que veía le hacía la misma postura. Se tomaba fotos haciendo la bendita postura. Se divertía en verdad y todo tenía un mismo propósito verdadero, cumplir con sus sueños. Esperar algo. Sentirse parte de algo. Formar parte de algo.

Toda la humanidad empleó la misma postura, sin importar religión, raza, color o etnia. El habla fue dejada en segundo plano. Las palabras eran inútiles. Así pasaron años enteros en la sociedad. Ya no se pagaba nada, nadie trabajaba, nadie hacía nada que no fuese la postura, excepto comer y en cada bocado la volvían a hacer hasta terminar su comida.

Hasta que llegaron los alienígenas al planeta. Estos se intentaron comunicar con nosotros. Decían que habían escuchado todos nuestros mensajes, todas las grabaciones y transmisiones radiales. Pero nadie les respondía con palabras, ni el presidente, nadie en lo absoluto.

Los alienígenas nos veían como superiores y nos dieron todo lo necesario para vivir. Empezaron a trabajar para nosotros. La humanidad completa estaba mejorando, las personas recibían lo necesario solo por hacer la postura orante. Entre todos los humanos había este lazo de hermandad gracias a la postura. Nunca pasaría de moda. A los bebés se les olvidó el hablar, pues ya nadie lo hacía. De esta manera las generaciones comenzaron a hacer lo que los adultos y por ende todos hacían lo mismo.

Esculturas de personas haciendo la postura eran talladas tanto por humanos como por alienígenas. Pro-

gramas de televisión únicamente de gente haciendo la postura orante eran grabados por humanos y alienígenas. Toda clase de entretenimiento fue hecho con la ayuda de los alienígenas con la misma postura. A ellos no hubo que decirles nada, simplemente empezaron a ver todo lo que se había hecho hasta el momento y les parecía suficiente. La humanidad había vencido.

Entendieron que una nueva era en la humanidad había comenzado. Solo los otros animales actuaban normales, a excepción de algunos pájaros que hacían la postura y unos monos que imitaban a los humanos. Los que hacían la postura desarrollaron nuevos indicios de evolución. Evolución que era medida por los alienígenas. Nuevos alienígenas empezaron a llegar al planeta.

Él hacía la postura y de verdad causaba un efecto en quien la veía. La hacía cuando tenía que comer, cuando tenía que dormir, cuando tenía que orinar, cuando tenía que caminar, cuando tenía que prender la televisión, cuando tenía que hacer cualquier cosa y todas sus suplicas eran resueltas por los amables alienígenas. Ellos trabajaban para los humanos. Los humanos sentían que sus plegarias eran contestadas. El don del cielo recaía en los humanos. Todo cobraba vida, nada era olvidado, toda la humanidad esperaba por este momento y el momento estaba aquí.

Fue entonces cuando algún extraterrestre comenzó a crucificarlos a todos al ver la imagen de Cristo. Las manos en vez de estar sueltas empezaron a ser clava-

das contra maderas. Este extraterrestre liberaría a los demás alienígenas de su esclavitud por parte de los sabios humanos. Este alienígena fue premiado por los demás de su especie.

De ahí en adelante para no morir los humanos comenzaron a hablar y a negociar con los alienígenas. Todo mejoró para bien del universo. Él fue llevado a otro planeta por su gran elocuencia. Llegó a ser presidente y vivir muchos años, al igual que tener descendencia alienígena.

Contenido

Fuego	5
Tierra	9
Aire	15
Agua	20
Ávila	25
Teléfono	30
Galería	35
Parque	41
Perro	46
Habitación	51
Hidrógeno	55
Fiesta	60
Caballo	65
Gigantes	70
Peces	75
Postura orante	80

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 18 días del mes de enero de 2023, el mismo día del año 2015 en que fallece el jayeechi (Músico wayuu) Salvador Montiel.